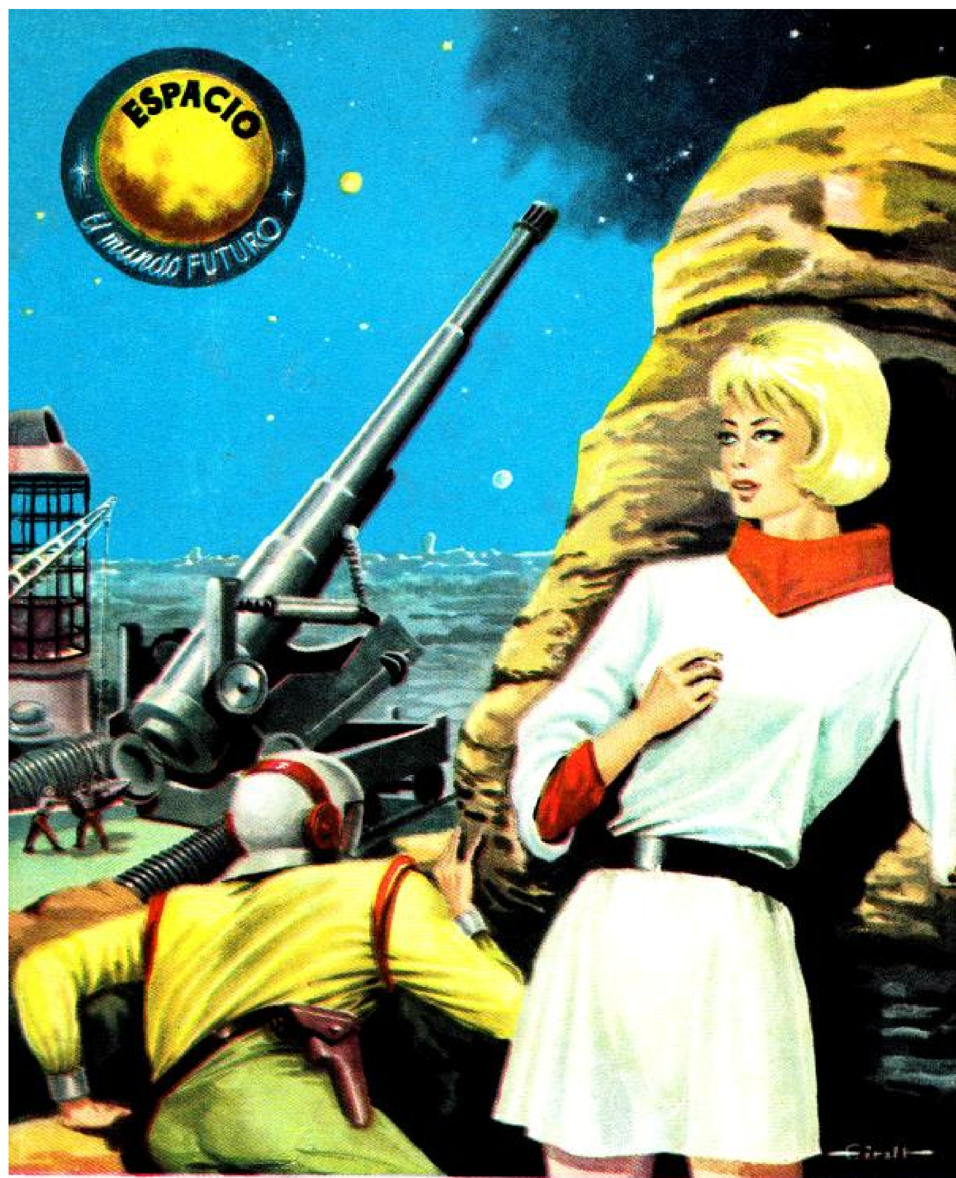


MERCADER DE ESTRELLAS

CLARK CARRADOS

Ralph Deacon, el capitán de una nave que se dedica al comercio en los distintos planetas de la galaxia, es secuestrado juntamente con su equipo mientras se hallan en el planeta Nárkydis. El secuestro ha sido ordenado por la obesa reina Bákrydis con el objeto de encargar una complicada misión a Deacon sin que los espías que hay en la corte se enteren de ello. Nárkydis es el único planeta de la galaxia que atesora grandes cantidades de un mineral llamado narkonio, imprescindible para que las naves estelares alcancen velocidades superiores a la de la luz. Goran, el tirano del planeta Armidon, desea apoderarse como sea del planeta Nárkydis para obtener el mineral y sus grandes beneficios económicos. Para ello ha construido un gigantesco cañón en uno de los desiertos de Armidon que tiene la potencia suficiente para destruir un planeta con un solo disparo. Goran exige a Bákrydis la rendición sin condiciones si no quiere que su planeta sea eliminado. La reina encarga a Deacon la misión de destruir el cañón. A cambio el capitán obtendrá grandes beneficios en la explotación del narkonio. Si no acepta, la reina enviará a Deacon y su tripulación a trabajar en las peligrosas y mortales minas del planeta.

Deacon se dirige, pues, a Armidon con su tripulación llevando a bordo al rígido coronel Tatmar y sus soldados, un presunto espía de Goran llamado Danshon y a la bella y misteriosa bailarina Dionía que se ha colado en la nave como polizón. Antes de partir, Deacon ha recomendado a la reina a un especialista en nutrición de la Tierra para que la ponga a régimen.

Durante el viaje y en Armidon se sucederán las muertes, las intrigas y toda clase de giros inesperados.



Clark Carrados

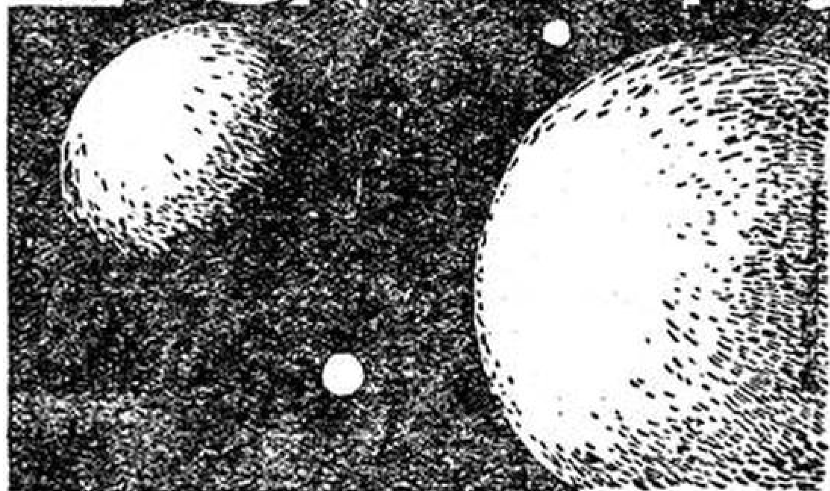
Mercader de estrellas

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 279

ePub r1.0
LDS 25.03.19

Título original: *Mercader de estrellas*
Clark Carrados, 1962
Cubierta: Giralt
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




MERCADER
de ESTRELLAS

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO



or descontado que el capitán Deacon sabía vender bien su mercancía.

La gente, y muy en especial las mujeres, se arremolinaban en torno al tablado desde el cual pregonaba y exhibía sus artículos.

No le hacía falta megáfono; su poderosa voz, mantenida por unos pulmones de elefante y una garganta de bronce, parecía la de Estentor.

La gran plaza mayor de Nárkydis estaba atestada de otros comerciantes, pero el que más público congregaba frente a su tablado era el capitán Deacon.

La plaza rebosaba de público. En una escalinata de un palacio, los mendigos, astrosos, purulentos, llagados, extendían sus manos en busca de una moneda que les permitiera saciar su hambre crónica.

Un poco más allá, una joven bailarina de talle flexible, ojos almendrados y cabello claro, mal cubierta con cuatro flotantes

velos, ejecutaba una danza popular, siguiendo el ritmo de una chirimía manejada por un músico ciego, cuyas cuencas orbitarias eran dos monstruosos huecos rezumantes de pus. En una esterilla que tenía delante, se divisaban algunas monedas, muy pocas, de bronce, de ínfimo valor.

El tragafuegos jugaba con las llamas un poco más allá. A su lado, el malabarista hacía mil juegos con diez o doce bolas a la vez. El encantador de serpientes hacía bailar cinco a la vez a los sones de su flauta. Una chiquilla de doce años cantaba un viejo romance de los hombres destrozados por la radiactividad de las naves espaciales y condenados a no conocer jamás el amor. El tragasables hacía entrar y salir incansablemente las espadas por su garganta. El fakir se atravesaba la carne con cien agujas al rojo vivo sin sentir dolor.

Había puestos de refrescos, donde se vendía la limonada de Ariadán y tenderetes donde se servían vasos de fortísimo vino de Qarbo. Los higos de Seffis, las pasas de Corinto Dos, los famosos dulces de Wa-Wa-Wa, que permanecían tan tiernos y sabrosos como recién salidos del horno durante meses y meses; los plátanos de Kanarea, todos los artículos que podían venderse y comprarse en la Galaxia, estaban representados allí, en la gran plaza mayor de Nárkydis.

Pero el tablado que más gente atraía era el del capitán Deacon, de Tierra.

Su voz estentórea dominaba el tumulto y llegaba, por encima de la fenomenal algarabía que reinaba en la plaza, a los más recónditos rincones de la misma.

—Damas y caballeros —gritaba—, sólo yo, yo; el capitán Deacon, de la Tierra, puede ofrecerles lo mejor del Universo. ¿Qué deseáis, bellas damas? Tules, gasas, sedas, telas naturales, de fibras auténticas, ¿me oís? Ni una sola hebra artificial entra en la composición de los tejidos que yo vendo. Antes me dejaría arrojar al espacio por la escotilla de emergencia sin traje de vacío, que consentir en vender siquiera un solo palmo de tejido artificial.

Levantó en alto, con sus poderosos brazos, un puñado de telas multicolores.

—¡Mírenlas! —bramó—. Son de la Tierra, tejidas por procedimientos conocidos en nuestro planeta desde hace ya millares de años. Suaves, sedosas, ligeras, brillantes, de colores

inalterables… No hay otras telas iguales en toda la Galaxia.

»¡Cómo! ¿Que no queréis telas? ¡Mirad, aquí tengo joyas! Joyas de Tierra, sí…

Tiró a un lado las telas y levantó un gran cofre empleando solo una mano y lo inclinó para que pudieran ver el contenido sus ansiosos espectadores.

—Las damas más bellas del Universo están en Nárkydis y para ellas deben ser las joyas más bellas del Universo, elaboradas por artistas con decenas de siglos de experiencia. —Levantó un puñado de collares, que refulgían con deslumbradores resplandores bajo la luz del triple sol de Nárkydis—. Perlas, diamantes, zafiros, rubíes, esmeraldas… ¿No hay una sola dama de Nárkydis que se atreva a gastar un solo talento en un collar de la Tierra?

»¿O quizás es que le toca el turno a los caballeros? Ah, pero también tengo algo para los varones. Relojes, relojes de la Tierra, garantizado su funcionamiento mientras dure la vida de su propietario. Relojes construidos por hábiles artesanos que llevan mil años haciéndolo…

Deacon soltó una atronadora carcajada.

—Bueno, mil años no, porque nadie vive tanto. Sería demasiado aburrido, ¿no creen? Al cabo de cinco siglos, uno ya no sabe qué hacer y… Quise decir que llevan sobre sí mil años de experiencia… o quizá sean mil trescientos. ¿Qué importan dos o tres siglos más? Relojes, relojes de todas clases, con hora local, hora planetaria, hora galáctica, relojes con receptor de radio… Vamos, ¿es que los caballeros de Nárkydis no van a dar el ejemplo a las damas? ¿Dónde está el reconocido valor de los hombres de este planeta?

»Durante cientos de años, los juglares han cantado la valentía de los hombres de Nárkydis. ¿Vais a dejar en mal lugar a los romances? Atreveos con mis relojes; los tengo desde el que sólo vale un talento y registra la hora local hasta el que cuesta trescientos y registra instantáneamente la hora de cualquier planeta, no importa a qué Sistema pertenezca, con sólo hacer funcionar el mando correspondiente…

Detrás del capitán Deacon y dispuestos para empezar la venta cuando se les ordenase, estaban algunos de sus más fieles tripulantes. Scoff, un gorila tuerto, de apenas metro y medio de estatura, pero listo e inteligente como él solo, sin contar con sus

fuerzas de hércules; Nysmith, un tipo fino como una espada y tan sinuoso como un crótalo; Bazcoatl, un cetrino gigante de manos rápidas y pies más rápidos todavía y, en fin, Salas, un individuo menudo, untuoso, astuto, pero leal a su capitán hasta la muerte.

La gente continuaba arremolinándose en torno al tablado del capitán Deacon. Las mercancías de la Tierra seguían siendo todavía las más apreciadas y los nativos hacían locuras con tal de adquirirlas, cada vez que algún mercader de dicho planeta hacía su aparición en Nárkydis. Deacon estaba seguro de agotar sus existencias, pero le divertía jugar un poco con la impaciencia y la excitación de un público que le era siempre adicto.

Los gritos llegaron hasta la bailarina. Ésta suspendió de pronto su danza.

Se inclinó sobre la esterilla y recogió las dos docenas de monedas que había recaudado en casi una mañana entera de continuas contorsiones al son de la chirimía. Contó la suma; veintiocho centésimos de talento. Hizo una mueca; apenas tendría para comer aquel día.

—Estoy cansada, Tasso —dijo al ciego—. Seguiremos mañana.

—Muy bien, Dionía, como quieras —contestó el músico mansamente.

La muchacha puso un puñado de monedas en la mano del ciego.

—Toma; ve a la taberna de Yandar; allí podrás comer algo.

—Pero, Dionía, tú…

—No te preocupes de mí, Tasso; sabré arreglármelas. Vuelve mañana aquí a estas mismas horas.

Y se alejó con paso rápido y cimbreante.

Deacon seguía vociferando y pregonando la calidad de sus mercancías. Ahora le tocaba el turno a la pasta depilatoria para el afeitado de los caballeros.

—Es suficiente un centímetro cúbico para hacer desaparecer el vello de la cara. Rápida, económica, suavizadora del cutis, no irrita… y —soltó la gran carcajada—, también sirve para las damas. Pronto empezaré a venderla, total, ¿quién no se afeita a cualquier hora y en cualquier lugar por sólo un talento?

La danzarina se abrió paso hasta la primera fila de espectadores y escuchó atentamente las explicaciones del mercader.

Deacon reparó en la muchacha. Se acuclilló, hasta que su rostro

quedó casi al nivel del de la danzarina.

—¿Qué es lo que quiere esta bella mujercita? Ah, ya veo estampada en tu pecho la insignia de tu profesión. —Lanzó al aire, hacia atrás, el tubo de la pasta depilatoria—. Cógelo, Scoff. Ya sé lo que deseas, velos y tules para atraer más a los espectadores, ¿no? Escucha… —agarró un puñado de telas—, elige la que más te guste. Mira, aquí tengo una tela de «cashmir» tornasolada que volverá loco al más exigente… ¿O prefieres esta seda multicolor?

La danzarina tocó la seda y se la puso en la mejilla con expresión de arrobo.

—¿Cuánto vale? —preguntó.

—Por ser para ti y para que los honrados ciudadanos de Nárkydis no me llamen un chupasangres, te lo dejaré en dos talentos y dieciocho centésimos el metro terrestre. Tú necesitas cinco metros al menos, bella… ¿cómo dijiste que te llamabas?

—Dionía —contestó ella, acariciando la seda.

—Hermosa Dionía, cinco metros de seda de la mejor que se fabrica en la Tierra; para ti, por sólo diez talentos. Te perdono, ya ves cuál es mi despilfarradora generosidad, noventa centésimos, casi un talento. Vamos, anímate, bella Dionía, cinco metros de la mejor seda que se fábrica en la Galaxia por sólo diez talentos…

La danzarina abrió la mano derecha y enseñó las monedas que tenía en la palma.

—Lo siento —dijo con voz triste—; sólo dispongo de doce centésimos.

El semblante de Deacon se endureció. Pero fue solo un momento.

—Dionía, comprenderás que yo tengo que vivir —dijo—. ¿Sabes a cómo me cuesta el flete de tonelada de mercancía? Quinientos sesenta y cuatro talentos. Y la Aduana de Nárkydis me cobra a ochocientos treinta y siete con cuarenta y dos centésimos la tonelada. ¿Qué puedo hacer yo, sino encarecer, aunque ello me duela infinito, mi mercancía?

La miró maliciosamente.

—Pero espera un segundo. Jamás consentiré que se diga que un mercader terrestre es un vampiro que anda sorbiendo el jugo a los nativos de otros planetas. Voy a demostrar que también en la Tierra sabemos ser generosos.

Agarró la pieza de seda y rasgó de ella una tira de unos diez centímetros de ancho. Luego, enrolló al cuello de la danzarina aquel trozo de seda.

—Toma, un regalo del capitán Deacon. Así podrás lucirte mejor ante tu público cuando bailes y…

Deacon se interrumpió de repente. Un enorme griterío, mucho más fuerte que lo usual, acababa de producirse en uno de los rincones de la plaza.

La gente corría alocadamente; atropellándose en su ansia de huir de algo que, por el momento, no se podía ver desde aquel sitio. Sonaron unos chasquidos como de látigo y luego unos roncos gruñidos.

Deacon se puso en pie, apretando todavía en sus manos la pieza de tela. Al instante comprendió lo que sucedía.

Un pelotón de lanceros carristas de Nárkydis atravesaba la plaza a toda la velocidad de sus carros. Los vehículos eran de dos ruedas y estaban tirados por lo que los nativos llamaban caballos y que se parecían tanto a un cuadrúpedo terrestre de esta especie como un huevo a una castaña.

Eran unos animales extraños: cuello alargado como el de una jirafa, con espina dorsal exterior de placas triangulares, cuerpo ovoideo y cola muy corta. Disponían de seis patas: una delantera, debajo del cuello, dos a cada lado del cuerpo y la sexta, inmediatamente antes de la cola. La cabeza parecía un cuerpo en pequeño, rodeada de ojos circulares por todas partes, semejando los tragaluces de una nave espacial. Una hendedura en la parte anterior formaba la boca y la nariz al mismo tiempo.

Cada carro iba ocupado por cuatro hombres: el carrista y tres lanceros. El pelotón que acababa de hacer su irrupción en la plaza estaba compuesto por once carros, el del jefe y diez más.

Los lanceros no se preocuparon del público; simplemente, habían lanzado sus animales de tiro al galope y el que la gente se apartase o no de su paso era cuestión que no consideraban como de su competencia.

La danzarina huyó precipitadamente, en medio de un tropel de gente que corría en medio de grandes gritos de pavor. Algunos cuerpos quedaron tendidos sobre el pavimento.

Con precisión matemática, los once carros rodearon el tablado

donde Deacon expendía sus mercancías. Treinta y tres lanzas apuntaron directamente a los cinco terrestres.

El jefe del pelotón, un tipo ceñudo, con coraza antiatómica en el pecho y la espalda, y una pistola desintegradora en el cinto, miró al mercader con mal gesto.

—¿Eres tú el llamado Ralph Deacon?

—Sí, coronel —contestó el aludido, erguido en medio de su tablado—. El mismo. ¿Desea usted comprarme algo? Puedo ofrecerle muchas excelentes cosas de la Tierra…

—No soy coronel —contestó el oficial abruptamente—, sino capitán. Mi nombre es Hayo. ¿Dónde está tu licencia de venta?

Deacon maldijo entre dientes la inoportuna oficiosidad del capitán Hayo. La plaza había quedado casi desierta a la aparición de los lanceros carristas, todos los cuales iban equipados de la misma forma que su jefe, aunque con una vestimenta algo más modesta, pero con la misma altivez y orgullo retratado en sus rostros que la que aparecía en el de Hayo.

Por las insignias que se veían en los uniformes de los carlistas, Deacon dedujo que pertenecían a la guardia real. Mordiéndose los labios, extrajo de su bolsillo el documento pedido.

Hayo lo leyó rápidamente.

—Está incompleto —decretó al cabo.

—¿Qué? —aulló Deacon—. Me ha costado ciento sesenta talentos… precio oficial, sin contar con otros cien de añadidura para acelerar su despacho… ¿y viene usted a decirme que está incompleto? ¿Puedo saber, al menos, qué requisito falta?

—La firma del Canciller Real —contestó Hayo imperturbablemente.

Deacon sintió que le colgaba la mandíbula.

—La… firma… del Canciller Real… Pero si hasta ahora ha sido suficiente la firma del Rector de Aduanas. ¿De dónde diablos se ha sacado usted que ahora se necesita semejante requisito?

Hayo se encogió de hombros.

—No lo sé. Me limito a cumplir órdenes.

—Bueno, me acercaré a palacio a recoger la firma del…

—Vendrá conmigo —decretó el oficial—. Y sus compañeros también, Mientras se gestiona la firma del Canciller Real quedarán detenidos preventivamente.

Por unos momentos, Deacon se negó a creer lo que oía. Las palabras de Hayo le parecían monstruosas.

—¡Eso es una injusticia! —bramó, cuando, al fin, hubo recobrado el habla—. ¡Nadie nos comunicó nada de esa nueva ley al desembarcar en Nárkydis! ¡No se puede detener así como así a unos honrados comerciantes que…!

La gente, agrupada temerosamente en las salidas de la plaza, contemplaba en silencio la escena sin atreverse a intervenir. Los lanceros carristas no eran remisos en utilizar sus lanzas y aun las pistolas desintegrantes si era preciso.

—¡Basta! —ordenó secamente el capitán Hayo—. Obedezca mis órdenes y véngase conmigo, capitán Deacon. Y sus hombres, también. Todos deberán seguirme.

Un velo rojo pasó ante los ojos del mercader. Sin dudarlo dos veces, saltó al suelo y golpeó con el puño la mandíbula del oficial.

El tuerto Scoff lanzó un alarido. Nada le gustaba más que una buena pelea y en aquel momento se preocupaba muy poco de las consecuencias posteriores.

—¡A ellos, muchachos! —bramó, saltando sobre el carro que tenía más cercano.

Los carristas salieron despedidos a consecuencia del fenomenal impacto. Bazcoatl, el gigante, se arrojó contra los ocupantes de otro vehículo, empezando inmediatamente a puñetazos con ellos.

Nysmith, el elegante y fino Nysmith, había agarrado una lanza y golpeaba los cráneos sin piedad. Cada golpe era un enemigo menos.

Salas, el pequeño, arrojó una fletante pieza de tela sobre un grupo de soldados que querían subir al tablado. Pudo apoderarse de otra lanza y empezó a repartir estacazos a diestro y siniestro, hasta que la culata de una pistola desintegradora se abatió sobre su nuca.

Nysmith seguía todavía con la lanza en su poder. Golpeó con el taco el estómago de un carrista, haciéndole curvarse sobre sí mismo. Luego le atontó de otro estacazo en la sien. En el mismo momento, alguien blandió una lanza a sus espaldas y lo derribó sin sentido.

Bazcoatl izó en vilo a uno de los soldados, arrojándolo contra un pelotón de carristas que intentaban detenerle. Todos rodaron por el suelo en confuso montón.

Un pelotón de lanceros se arrojó encima del tuerto, aplastándolo

bajo su peso. Ya sólo quedaban en pie Deacon y Bazcoatl.

Hayo se puso en pie y lanzó un grito. En sus manos empuñaba una pistola atómica.

—¡Basta ya! ¡Basta o dispararé!

Deacon suspendió sus golpes. Miró a su compañero.

—Quieto, Bazcoatl —dijo—. Rindámonos.

—Esos bastardos —masculló el gigante.

Unos minutos después, los cinco terrestres estaban cada uno a bordo de otros tantos carros. El pelotón partió al galope, haciendo trepidar el pavimento de la plaza con las ruedas ferradas de los vehículos.

Y casi en el acto, una ávida muchedumbre se abalanzó sobre el tablado, saqueándolo en pocos momentos. Hubo luchas feroces, muertes, lesiones, pero un cuarto de hora después, no quedaba del tenderete más que un montón de astillas viejas y algunos harapos de tela que nadie había querido.

Dionía, la bailarina, también fue de las que intervinieron en el saqueo, posiblemente en primera fila. Por eso pudo llevarse la pieza de seda que le había robado el corazón momentos antes, cuando se la ofreciera el capitán Deacon y no pudo adquirirla.

CAPÍTULO II


alph Deacon se paseaba por la celda donde había sido encerrado con sus cuatro compañeros, como un león enjaulado. Con la cabeza inclinada y las manos a la espalda, iba y venía sin cesar desde el mismo momento en que la puerta de la celda se cerrase con seco estrépito apenas estuvieron dentro.

—Se va usted a cansar, capitán —dijo Nysmith plácidamente—. Mejor sería que se lo tomase con un poco de calma.

—¡Calma! —resopló Deacon—. ¡Es fácil decirlo, cuando se puede hacer! Pero ¿cómo voy a conservarla, después de que esos malditos hijos de perra nos han encerrado aquí? Hemos perdido cientos de miles de talentos en mercancías, que la gente habrá saqueado, apenas dejamos la plaza… Esto, sin contar con la multa que nos impondrán por habernos resistido a un oficial de Nárkydis. Me decomisarán la astronave, me…

Se dejó caer en un taburete, con la cabeza entre las manos.

—Y pensar que yo, el capitán, a quien se supone ha de ser el más prudente y sensato de todos cuantos componen una tripulación, os he arrastrado a esta situación.

—Yo me he divertido muchísimo, capitán —dijo Scoff—. Hacía tiempo que el cuerpo me pedía una buena pelea…

—Te divertirás menos cuando nos envíen a una prisión satélite por unos cuantos años —gruñó Deacon—. Esto, si no nos ahorcan; la gente de aquí suele gastar malas bromas con los extranjeros.

—No creo que sea para tanto —dijo Salas—. Total, ¿qué? Unos cuantos garrotazos a los carristas y… —rió de pronto—. Había que ver a aquel tipo cuando le aplasté el pie con el cabo de su lanza. ¡Menudos saltos pegaba el fulano!

La puerta se abrió de pronto y un oficial apareció bajo el dintel.

—¿Quién de ustedes es el capitán Deacon, de Tierra?

Ralph se puso en pie. Tenía un ojo negro y un hermoso morado en la mandíbula, aparte de varios desgarrones en la ropa, pero fuera de ello, su estado físico era inmejorable.

—Yo —dijo adelantándose.

—Soy el coronel Tatmar. Haga el favor de seguirme, capitán.

La mano de Ralph señaló a sus espaldas.

—Pero, mis compañeros…

—Déjelos por el momento —atajó secamente el coronel—. Las órdenes que tengo se refieren estrictamente a usted, en persona. Sígame.

Ralph intuyó que cualquier resistencia sería inútil y que, además, sólo conseguiría empeorar la situación aún más de lo que ya lo estaba. Encogiéndose de hombros, se dirigió hacia la puerta.

Una vez en el umbral, se detuvo y se volvió hacia sus compañeros.

—Siento haberos metido en este lío, muchachos —dijo.

Scoff agitó la mano.

—¡Bah! ¡Olvídelo, capitán! Suerte.

—Suerte —repitieren los otros casi a coro.

Un guardia cerró la puerta de la celda. Asombrado, Deacon comprobó que el coronel Tatmar había venido solo, sin escolta de ninguna clase.

—Por aquí, capitán —extendió la mano.

Siguieron el corredor hasta el final, introduciéndose acto

seguido en un ascensor que los llevó varios pisos más arriba.

Tatmar hizo pasar al joven a una habitación, señalándole una puerta frontera.

—Allí está el baño. En él encontrará usted ropas limpias, capitán. Volveré por usted dentro de una hora. Hasta luego.

Y se marchó, dejándole solo.

La habitación carecía de ventanas y su iluminación, aunque suave, llegaba a todos los rincones.

—Me están engordando antes de llevarme al matadero —comentó para sí, mientras se encaminaba al cuarto de baño.

Encontró todos los útiles necesarios de tocador, así como algunos frascos con sales y otros elementos, con los cuales se curó los leves rasguños recibidos en la pelea. El agua caliente le entonó notablemente los músculos y, al terminar, se vistió con las ropas que le habían proporcionado, unos pantalones ajustados y una blusa de manga corta, y salió a la otra habitación.

Divisó una mesa servida con suculentos manjares y, sin dudarlo, se sentó ante la misma, empezando a comer en el acto. Las viandas estaban muy bien condimentadas y las regó con media botella de un magnífico vino blanco nativo, estilo Chablis, que le agradó sobremanera.

Cuando ya terminaba, entró el coronel Tatmar.

—Celebro su buen apetito, capitán Deacon —dijo el oficial con buen humor.

—¿Es la comida del condenado a muerte? —preguntó Ralph, sarcásticamente.

—No sea lúgubre, capitán. ¿Quién habla aquí de fusilamientos?

—Quizás el capitán Hayo pida mi cabeza —contestó Ralph, tomando la última taza de café.

—Está un poco enojado, eso es todo. Pero ya se le pasará. Ahora deberá usted venir conmigo, capitán Deacon.

—¿Adónde?

—A ver a una persona. La misma que ordenó su arresto.

—Hombre —comentó Ralph en tono intrascendente—. Esto me gusta. Así podré decirle unas cuantas cositas que…

—Lo dudo mucho —dijo Tatmar con tono severo—. Procure guardar respeto delante de la reina Bákkrydis, porque es con ella precisamente con quien va usted a entrevistarse.

Deacon abrió los ojos.

—¿La… reina Bákkrydis? —exclamó, atónito.

—Sí. Y, por favor, venga conmigo. A su Majestad no le gusta mucho esperar.

Ralph se puso en pie, lleno de desconcierto.

Naturalmente, había oído hablar de la reina Bákkrydis, pero no la conocía, ya que, cosa rara, su efigie no se veía impresa en ninguna parte, ni siquiera en los sellos de correos. Recordó que al llegar a Nárkydis había hecho algunas preguntas acerca de ella —si era alta, baja, joven, hermosa, vieja, gorda o flaca, qué tal genio tenía, cuántos esclavos se comía crudos a diario—, pero todo el mundo había esquivado cuidadosamente las respuestas a sus preguntas, en vista de lo cual se había abstenido de insistir sobre el particular. A fin de cuentas, se había dicho no tenía que vender sus mercancías a la reina, sino a su pueblo, y esto era lo que contaba para un mercader como él.

Siguió a Tatmar. Dábase cuenta de que estaba en el palacio real y le extrañó la sobriedad, casi pobreza, de sus instalaciones y decoración.

—Luego dirán que Bákkrydis devora al pueblo con impuestos —murmuró—. A menos que sea una vieja usurera y atesore el dinero recaudado de los fuertes impuestos.

Tatmar entró en una habitación algo mejor amueblada que el resto de las que había visto Deacon hasta entonces. Sobre una mesita baja vio dos bandejas con frutas y dulces. También había una caja de cigarros.

—Le dejo, capitán. La reina vendrá en seguida.

El coronel se retiró y Deacon se quedó solo. La puerta se cerró a sus espaldas.

No tuvo que esperar mucho. Un par de minutos después, otra puerta se abrió y una persona entró en la estancia.

—Soy la reina Bákkrydis —dijo la mujer que acababa de entrar.

Deacon contuvo el asombro que le causaba el aspecto de la reina.

Era la mujer más gorda que había conocido. Deacon calculó su peso en ciento sesenta kilos al menos, contenidos en un impresionante volumen de carne y grasa, cubierto con una túnica que hubiera servido para tienda de campaña. Tenía el pelo muy

negro y se lo peinaba descuidadamente hacia atrás, sin otro adorno que una delgada diadema de brillantes que le ceñía la cabeza desde la frente hasta la nuca. Era la única joya que llevaba, aparte de dos broches de pedrería para sujetarse las sandalias que calzaba.

Para andar se apoyaba en dos bastones muletas, sin los cuales difícilmente hubiera podido dar un paso. Su rostro no carecía de cierta belleza y Deacon se dijo que quince años atrás, Bákkrydis debía haber sido sumamente hermosa.

Bákkrydis se dejó caer sobre un diván, que estuvo a punto de romperse al recibir su peso. Tiró las muletas a un lado y miró a su huésped con gesto escrutador.

Deacon era alto, uno noventa al menos, y con el tórax de un hércules, pero todo ello dentro de una justa proporción anatómica, que prestaba a su figura indiscutible gallardía masculina, lo que motivaba que fuera inmediatamente blanco de las miradas femeninas dondequiera que se encontrase. En este sentido, Bákkrydis no podía constituir una excepción.

Soportó resignadamente el examen de la reina. Bákkrydis habló al fin:

—Acércame la mesa, capitán.

Deacon obedeció en silencio. Bákkrydis tomó unas cuantas pasas de Corinto Dos y las engulló con evidente glotonería.

—Hace quince años —dijo sin mirarle siquiera—, yo era la mujer más hermosa de Nárkydis. Mi gula me ha perdido. ¿Cuántos años tienes, capitán?

—Treinta y seis, según el cómputo terrestre, señora.

—Yo tengo treinta y cuatro, también según tu cómputo, capitán. Veintiocho por el calendario narkysidiano. Hay mujeres de cincuenta años que parecen tener la mitad. En cambio, yo aparento el doble, ¿no es así, capitán?

—¿Puedo ser franco, señora? —preguntó Deacon.

—Claro, rayos. ¿Para qué diablos te crees que te he mandado llamar, si no? Habla, capitán.

—He conocido mujeres tan gord… perdón, tan llenitas como usted. Pero han seguido un régimen dietético adecuado y luego se han sometido a unas cuantas operaciones para eliminar la grasa superflua y en seis meses han recuperado la esbeltez primitiva. Yo creo que también usted, con un poco de buena voluntad, podría

lograrlo.

Ella le miró de hito en hito.

—Capitán Deacon, antes de traerte aquí y precisamente por lo mismo, he adquirido informes tuyos, los cuales me dicen que eres el embustero más genial de la Galaxia. No me vengas con cuentos; esta obesidad mía no hay quien la cure.

Escupió un par de pepitas de pasas a un lado y luego, destapando la caja de cigarros, se puso uno en la boca.

—Dame fuego, capitán.

Deacon acercó un fósforo al extremo del cigarro. Bákkrydis aspiró el humo y luego se reclinó trabajosamente en el diván.

—Conozco un médico terrestre —dijo Deacon—, íntimo amigo mío, que haría maravillas con su grasa, señora. Si me permite enviarle un espaciograma…

—No te permito nada, capitán —cortó ella secamente—. Te he traído aquí para otra cosa, no para hablar de mi cura de adelgazamiento.

—Podría recuperar la esbeltez de los quince años…

—Podría… un cuerno —mascullό Bákkrydis—. Deja en paz mis grasas y vayamos al grano. ¿Cuánto importa lo que te han saqueado en la plaza?

—Calculo que doscientos mil talentos, más o menos, señora. El cargamento total de mi nave está asegurado en un millón trescientos cincuenta mil. Lo que había llevado era solamente una simple muestra de lo más interesante.

—¡Mercaderes de las estrellas! —bufó la reina—. Ladrones, mentirosos, traidores, granujas, vividores, engañadores de pobres y crédulas mujeres…

—Las cualidades propias de un buen mercader, señora —se inclinó el joven, sonriendo galantemente.

—Por eso mismo te he hecho traer, capitán —dijo ella, mordiendo el cigarro con fuerza—. De todos los mercaderes terrestres, cuyos informes me han sido remitidos, tú eres el más apto para la misión que te voy a encomendar.

Ralph pegó un respingo.

—¿Una misión?

—Sí. Vas a jugarte el cuello, además, pero es que si no la aceptas, puedes considerarlo como perdido. No tienes opción,

capitán.

Bákkrydis hablaba fríamente, mientras fumaba su cigarro.

—¿Y por qué he de ser yo precisamente el elegido? —protestó Deacon.

—Ya te lo he dicho: porque eres el mercader más granuja y embustero de cuantos surcan la Galaxia. Y, además, porque tu patente de mercader te concede derecho, según la legislación galáctica en vigor, a desembarcar y vender tus mercancías en cualquier parte sin restricción alguna.

Bákkrydis hizo una pausa.

—Por eso mismo, podrás aterrizar en Armidon y ejecutar allí mis órdenes.

Deacon frunció el ceño.

—Estoy sospechando que se me propone convertirme en agente secreto al servicio de Nárkydis.

—Tu oído es excelente, capitán —dijo ella sin inmutarse.

—Puedo negarme a ello.

—Te decomisaré la nave y os enviaré a ti y a tus hombres a los campos de narkonio.

Deacon se quedó helado.

El narkonio era el último descubrimiento en materia de energía. Ligero, fácil de manejar, era aprovechable hasta el último átomo. Y, sobre todo, barato de conseguir. Bastaba inclinarse para recoger del suelo un pedrusco conteniendo el narkonio suficiente para propulsar una nave durante un viaje de ida y vuelta a la Tierra, algo así como ochenta años luz.

Sólo tenía un tremendo inconveniente, paliado al mismo tiempo por una gran ventaja. Su elevado índice de radiactividad, capaz de matar a un hombre en pocas horas. Pero bastaba situarse a tres metros de distancia, sin otra protección que la capa atmosférica normal, para que los efluvios de la radiactividad fueran completamente innocuos.

El narkonio estaba a flor de tierra, en determinados lugares de Nárkydis. Debía ser recogido por medio de rotópteros que volaban a cinco o seis metros de altura del suelo, utilizando palas mecánicas.

Los trajes corrientes no servían en absoluto; la fortísima radiactividad del narkonio los atravesaba con toda facilidad. Era preciso un blindaje superior al normal si se colocaba el pedrusco de

narkonio a corta distancia, pero una vez rebasados los tres metros, los efectos eran nulos.

Tampoco necesitaba de transformaciones industriales. Bastaba arrojar unos cuantos pedruscos de narkonio a los hornos nucleares de una nave para reponer las existencias de combustible. La única desventaja consistía, prácticamente, que sólo se producía en Nárkydis.

—Bien —dijo el joven, titubeante—, puede ser que acepte la misión. Pero también puede suceder que una vez en el espacio, me largue con viento fresco a otra parte.

Bákkrydis sonrió mefistofélicamente.

—Eso no podrá ser. Te acompañarán unos cuantos agentes míos de toda confianza. El coronel Tatmar será uno de ellos.

—¿Y los otros?

—Un mercader admite pasajeros de vez en cuando, ¿no? Las leyes sobre viajeros son estrictas, pero vosotros, los mercaderes, os burláis de ellas con mucha facilidad. Sabéis usar muy bien la mano izquierda para derramar unos cuantos talentos en las faltriqueras de los agentes de inmigración.

—¿Cuántos pasajeros serán, más o menos? —preguntó Deacon —. Quisiera saberlo, a efectos de alimentación.

—Acepta todos los que se te presenten y admita la capacidad de tu nave —respondió ella fríamente.

—Bueno —gruñó el joven—, pero todavía no sé dónde voy ni qué tengo que hacer.

—Ya te he dicho que vas a Armidon…

—Eso ya lo sé: Me refiero a qué punto, en concreto, de ese planeta, y qué es lo que tengo que hacer.

Bákkrydis contempló pensativamente la ceniza de su cigarro.

—Armidon está gobernado por Goran, un individuo ambicioso y sin escrúpulos. El descubrimiento del narkonio es reciente, como bien sabes, y puede constituir una fuente de riqueza para mi país. Nárkydis es pobre, somos atrasados, carecemos de técnicos y de científicos, apenas si disponemos de metales nobles con los cuales poder realizar nuestras compras en el exterior. Los productos alimenticios son monótonos y poco apetitosos, por regla general. Hay muchas enfermedades, la gente viste pobremente, carecemos de médicos, de medicamentos… de tantas cosas… Yo quiero poner

remedio a este estado de cosas, un estado endémico, que dura ya siglos y siglos y que hubiera seguido durante otro tanto, de no haberse descubierto el narkonio tan oportunamente.

»El narkonio —continuó la reina—, puede ser la fuente de salvación de mi pueblo. Goran lo sabe y sabe también que Nárkydis es el único planeta productor de dicho mineral. Si se apodera de Nárkydis, mi pueblo caerá en la esclavitud más abyecta y repulsiva que puedas imaginarte, capitán. No quiero decirte lo que hará conmigo, porque eso te lo imaginas fácilmente, más para mí es lo de menos.

»La gente me tacha de vana y egoísta. Quizá lo haya sido hasta hace pocos años, hasta que se descubrió el narkonio. Era abúlica y me desentendía de las cosas de gobierno, quizá porque me habían enseñado a ser así desde mi infancia, como lo fueron todos mis antecesores.

La voz de Bákkrydis se tornó súbitamente dura y tajante.

—Pero esto se ha acabado ya —dijo—. No ambiciono conquistas planetarias, sino el bien de Nárkydis. Y ese canalla de Goran quiere estorbar mis planes. No puedo destruir a Almidón ni, aunque pudiera, lo haría tampoco. Seis mil millones de armidonianos no tienen la culpa de los extravíos megalomaníacos del hombre que los gobierna. Tampoco me gustaría que llegases al atentado personal. Lo único que deseo, capitán, es que ejecutes puntualmente la misión que te voy a encomendar.

—Y ¿en qué consiste, si puedo saberlo? —preguntó Deacon.

—Goran ha construido un cañón interestelar. Debes destruirlo.

CAPÍTULO III



l coronel Tatmar entró con una carpeta bajo el brazo. La depositó en manos de Bákkrydis y se retiró en silencio.

Bákkrydis abrió la carpeta y extrajo de ella una cartulina de cincuenta por treinta centímetros, que entregó a Deacon.

La fotografía era de un gran cañón que, en apariencia, no se diferenciaba mucho de los otros, salvo en el hecho de que se hallaba en el centro de lo que parecía ser un gran desierto. Al otro lado de la pieza artillera se divisaba una gran torre de entramado metálico, una grúa, sin duda para poder colocar los proyectiles en la recámara del cañón.

—¿Y esto es un cañón interestelar? —preguntó el joven—. Yo no le veo nada de particular, señora.

Bákkrydis emitió una suave risita.

—Mira al pie, hacia la culata. Verás unos puntitos negros, alargados. ¿Los ves?

—Sí, claro —contestó Deacon.

En altura, la proporción de aquellos puntitos con el cañón era de uno a veinticinco.

—Son los artilleros de la pieza, capitán.

Deacon se quedó sin aliento. Si aquéllos eran los sirvientes del cañón… ¿qué tamaño tenía éste?

—¡Gran Sirio! —exclamó—. Señora, ¿qué clase de artefacto ha construido Goran?

—Ya te lo he dicho antes; un cañón interestelar. Armidon está a noventa y cinco años luz. Ese cañón dispara proyectiles que viajan por el subespacio a una velocidad miles de veces mayor que la de la luz. Cuando se materializan a su llegada al blanco, destruyen cuanto encuentran a su paso, aunque sea un planeta.

Deacon tragó saliva. Observando la proporción existente entre los artilleros y el cañón, se dijo que éste debía medir unos trescientos cincuenta metros de largo, por cincuenta o sesenta de altura total. El diámetro de su ánima debía de ser de unos veinte metros y el grosor de sus paredes de casi otro tanto.

Bákkrydis le pasó una segunda fotografía. Era la de un proyectil en el momento de ser introducido en la recámara de la pieza.

La granada tenía el tamaño de un astroyate: treinta y cinco o cuarenta metros de largo por veinte de grueso.

—Hasta ahora —dijo la reina—, sólo ha efectuado disparos de prueba. Que yo sepa, ha destruido unos cuantos satélites y asteroides sin importancia. Posiblemente, el próximo disparo esté destinado a Nárkydis… si no accedemos a las pretensiones de Goran.

Deacon miró a Bákkrydis.

—¿Qué pide Goran?

—Alega que somos un pueblo atrasado y apenas sin civilizar, sin armas para defendernos de los posibles ataques de otros planetas mejor equipados. Quiere convertirnos en un protectorado suyo, hasta que, siempre según él, estemos en condiciones de gobernarnos por nosotros mismos.

—¿Y si no aceptaran ustedes?

—Nos destruiría con un solo disparo.

—Y en casó de aceptar, él se llevaría íntegro todo el beneficio que produce el suministro de narkonio.

—Exactamente.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Supongamos que acepto —dijo Deacon—. Soy mercader y —añadió insinuantemente—, no trabajo por amor al arte. ¿Cuál es mi precio?

—El medio por ciento vitalicio de la venta de narkonio —respondió ella sin pestañear—. Otro medio para tu tripulación. Hay cientos de millones de toneladas de narkonio en mi planeta. Nárkydis tiene un tamaño aproximado al de tu Tierra y solamente somos tres o cuatrocientos millones de habitantes. La población de Nárkydis se concentra casi exclusivamente en un área que es apenas la centésima parte de la superficie del planeta. Un cuarto de la superficie es narkonio en estado casi puro y la capa de mineral, en algunos sitios, alcanza un grosor de doscientos metros. La cifra que di antes es modestísima; digamos billones de toneladas y puede que así nos aproximemos un poco a la realidad.

Bákkrydis hizo una pausa.

—El narkonio —siguió—, es todavía poco empleado en las naves y menos aún en la industria. La dificultad principal reside en su distribución y transporte. Pienso cobrar a unos diez talentos la tonelada de narkonio. Es un precio justo, sobre todo si tenemos en cuenta que basta un pedrusco de algunos kilos para, como he dicho antes, realizar un viaje de Nárkydis a la Tierra. Suponte que vendemos al año cien mil toneladas. Ten en cuenta que, dentro de cinco años, vendrán naves de todo el mundo a aprovisionarse de dicho mineral, con lo cual la venta y la producción se decuplicará. ¿Sabes lo que significaría tu medio por ciento vitalicio?

Deacon se sentó en un sillón sin pedir permiso siquiera. Las cifras enumeradas por Bákkrydis le aturdían y mareaban. Cien mil toneladas anuales, que en cinco años se decuplicarían, significaban, dentro de dicho plazo, un ingreso, de por vida, de quinientos mil talentos anuales, el medio por ciento de diez millones de talentos. Y sus beneficios actuales no pasaban de los doce o quince mil, que no dejaba de constituir una buena suma, por otra parte.

—Ése es —dijo Bákkrydis—, el lado rosado de las cosas. El lado negro es que todos los agentes que he enviado a destruir el cañón han sido muertos por Goran.

Deacon miró a la mujer.

—Entonces… las fotografías…

Ella sonrió enigmáticamente.

—Yo también tengo mi propio servicio de información —dijo—. El agente que tomó las vistas murió, pero antes pudo entregar el negativo a otro agente. Éste reside en la capital de Armidon. Luego, cuando hayamos concretado más detalles, te daré su dirección. Emplearás con él una contraseña ya convenida de antemano, y que te diré también más adelante. Ahora, escucha…

Todavía estuvo allí una hora. Al terminar, Bákkrydis le despidió:

—Ven a verme antes de tu partida, capitán —dijo.

—Lo haré sin falta, señora.

—Ah, y no te preocupes por los destrozos que ha causado el populacho en tus mercancías. Tatmar se encargará de indemnizarte puntualmente por todo.

Del palacio real, Deacon fue conducido directamente al mejor hotel de Nárkydis, cuya decoración y mobiliario superaban, de largo, a los de la propia residencia de Bákkrydis. Ralph recibió una tremenda sorpresa al encontrar allí ya a sus tripulantes, libres y con ropas limpias.

Los cuatro hombres se le echaron encima, acosándole a preguntas.

—¡Calma, chicos, calma! —dijo él sonriendo—. ¿No hay antes una copa para mí? La reina no es muy hospitalaria que digamos.

Scoff le entregó una copa llena de vino.

—¿Ha estado hablando con la propia Bákkrydis, capitán? —preguntó.

—¿Cómo es?

—¿Es guapa?

—¿De qué color tiene el pelo?

—Negro, cuenta treinta y cuatro años terrestres o veintiocho de Nárkydis, y pesa ciento sesenta kilos —contestó el joven, sorbiendo pensativamente el vino.

No se podía quitar de la mente una mujer tan relativamente joven y, a pesar de todo, horriblemente deformada por la obesidad. Sin sus grasas, Bákkrydis hubiera sido una mujer indiscutiblemente hermosa.

—¡Qué barbaridad! —resopló Bazcoatl.

—Llenitas, llenitas son como me gustan a mí —dijo Nysmith

sarcásticamente.

—Bueno —refunfuñó Scoff—, vamos a ver si el capitán nos cuenta de una vez lo que ha hablado con ese barril de sebo. ¿O es que no se puede saber, patrón?

—Sí —respondió Deacon—. Se puede saber. Salas, cierra bien la puerta, pero asegúrate antes de que no hay nadie escuchando al otro lado. Lo que diga es confidencial y secreto.

El aludido obedeció. Los otros contemplaban a Deacon con indudable expresión de interés.

—Muchachos —dijo Ralph por fin—, os voy a proponer dos cosas. Una es, muy posiblemente, la muerte. La otra, abundancia de por vida.

—¿A quién hay que despeñar? —preguntó Scoff belicosamente.

—Calma, luego hablaremos con más detalles.

Nysmith frotó el índice y el pulgar significativamente.

—¿Cuánto «es» la abundancia, jefe?

—En el primer año, cinco mil talentos para cada uno de vosotros. Dentro de cinco, la cifra se habrá decuplicado.

—¡Cincuenta mil! —exclamó Bazcoatl.

—Justamente. Y será para siempre, mientras viváis. Es decir, que no tendréis que hacer ya otra cosa, para recoger esa suma, que poner la mano.

Pero, a cambio, entendedlo bien, nos vamos a jugar la vida.

—¿Se lo ha propuesto la reina?

—Sí.

—Y usted ha aceptado, claro.

—Por lo que a mí respecta, desde luego. No me quedaba otro remedio. Amenazó con decomisarme la nave y enviarnos luego a todos a los campos de narkonio.

Sonaron varias exclamaciones de ira.

—Eso es un chantaje.

—Una canallada.

—Deberían cocerla en su propia grasa.

Scoff presentó la misma objeción que Deacon había planteado a Bákkrydis.

—Bueno, cuando estemos en el espacio podremos largarnos…

—Ni hablar. Vamos a admitir, unos cuantos pasajeros, todos los cuales serán agentes secretos de Bákkrydis y se encargarán de

vigilar y controlar todos nuestros actos. Muchachos, queramos o no, estamos en un callejón sin salida. No nos queda otro remedio que aceptar. Y puesto que ya está decidido así, voy a explicaros concienzudamente el plan de la reina. Escuchadme todos.

Deacon empezó a hablar. Sus tripulantes le escucharon con suma atención, haciendo algunas preguntas de vez en cuando.

—De modo —dijo Scoff, rascándose la nuca—, que ese tipo, Goran o como infiernos se llame, ha construido un cañón interestelar, capaz de destruir este planeta.

—Así es. Y nosotros hemos sido encargados por Bákkrydis de inutilizarlo. Del modo que sea, pero inutilizarlo.

Bazcoatl frunció el ceño.

—Oiga, capitán, ¿y no querrá esa individua hacer luego lo propio con Goran? He conocido casos semejantes en que…

Deacon levantó los hombros.

—No puedo afirmarlo. He de creer en sus palabras… o ir a sacar pedruscos de narkonio. Éste es el dilema que se nos plantea. Y, como comprenderéis, no me queda otro remedio que aceptar. ¡Qué diablos!, a fin de cuentas, somos terrestres y hemos de demostrarlo. Podemos realizar lo que nos ha encomendado Bákkrydis y luego, si triunfamos, a vivir sin trabajar el resto de nuestros días. —Miró a sus hombres uno por uno—. Por mi parte, sin embargo, no obligaré a nadie a que me acompañe.

—¿Y quién diablos querría dejarle a usted, capitán? —exclamó el menudo Salas—. Estoy seguro de que los otros que están en la nave aceptarán igualmente. Yo me encargaré de hablarles, capitán. ¡Caramba!, cincuenta mil talentos anuales por destruir un cañoncito… ¡Vamos, que yo no me dejo escapar esta ocasión por nada del mundo!

Los demás asintieron en forma parecida. Después de cambiar unas cuantas preguntas y respuestas más, bien regadas con vino blanco, se retiraron a sus habitaciones.

Hacía ya bastante rato que los tres soles de Nárkydis habían desaparecido del horizonte. Después de cenar, Deacon se dijo que debía acostarse. Al día siguiente tendría mucho trabajo, preparando todo para la próxima partida.

Estaba despojándose de la camisa cuando, de repente, alguien llamó a la puerta.

Deacon abrió, encontrándose con un individuo de unos cuarenta y cinco años de edad, de aire insidioso y repulsivo, pese a lo lujoso de su vestimenta. Era de mediana estatura y se expresaba con toda corrección, pese a lo cual, Ralph no pudo por menos de sentir una instintiva antipatía hacia el mismo.

—¿El capitán Deacon, supongo? —dijo el individuo.

—Sí —contestó el joven.

—Me llamo Danshon. ¿Puedo pasar? Tengo que hablar con usted, capitán.

Ralph vaciló, aunque acabó por permitirle el paso.

—Entre, Danshon —dijo.

El visitante paseó una especulativa mirada en torno suyo. Luego se enfrentó con el joven que pacientemente esperaba las palabras del individuo.

—Capitán —dijo—, hoy ha estado usted en el palacio real.

—Cierto. Me arrestó la guardia de lanceros carristas —contestó Ralph sin inmutarse.

Danshon emitió una leve risita.

—Los carristas no acostumbran a soltar a sus prisioneros así como así, capitán. Todo ha sido una pantomima, magníficamente preparada, por supuesto, para que usted pudiera hablar con la reina Bákkrydis sin compromisos para ninguno de los dos.

Deacon se puso en guardia. Durante la conversación, Bákkrydis se lo había advertido bien claro:

Goran tenía el brazo muy largo. Pues bien, ya tenía delante a uno de los dedos de ese brazo.

—Está usted haciendo suposiciones gratuitas, Danshon —contestó secamente.

El individuo rió de nuevo.

—Mire, capitán, no juguemos, teóricamente, al escondite. Vamos a ser francos desde un principio y saldremos ganando los dos.

Metió la mano en uno de los bolsillos de su veste y extrajo un rectángulo de papel metalizado en oro, que entregó al joven.

—Lea, capitán.

Deacon obedeció instintivamente. Era un cheque certificado por valor de un millón de talentos.

—¿Y…? —murmuró.

—Es el precio de su viaje de vuelta a Tierra, capitán —respondió

Danshon sin pestañear—. Viajé de vuelta… y sin regreso.

Ralph meditó unos segundos. Un millón de talentos era, ciertamente, mucho dinero; una espléndida fortuna. Podía aceptar y largarse inmediatamente… pero había en él algo con lo que Danshon y quien le había enviado a sobornarle no había contado: su sentido de la lealtad.

—Aguarde un momento —dijo, metiéndose el cheque en el bolsillo.

Fue hacia la puerta y la abrió de par en par, ante la mirada atónita de Danshon.

—Eh, oiga —protestó el individuo—. Todavía no he terminado…

Deacon lo levantó en alto.

—Yo creo que sí —contestó.

Y, tomando impulso, lo lanzó con todas sus fuerzas a través de la puerta abierta.

Danshon realizó un magnífico vuelo planeado, que terminó en el pulido suelo del corredor. Resbaló unos cuantos metros sobre el mismo, hasta que su cabeza chocó contra la base de un muro. Se oyó un seco chasquido y eso fue todo.

Acto seguido, Deacon salió al pasillo. Asió con dos dedos una muñeca de Danshon.

—Está desmayado solamente —murmuró al cabo.

Sacó el cheque y se lo colocó al individuo en el mismo sitio de donde lo había extraído. Luego regresó tranquilamente a su habitación.

—Parece que estos tipos —comentó mientras se desnudaba—, empiezan a considerarme importante.

La visita de Danshon no le quitó el sueño.

* * *

Diez días más tarde solicitó una entrevista con Bákkrydis.

—Todo listo para zarpar, señora. ¿Tiene alguna recomendación más que hacerme?

—Ninguna, capitán —contestó ella, con ojos brillantes—. Solamente desearte mucha suerte. —Y añadió—. Tú eres la única esperanza de Nárkydis. No me defraudes.

—Trataré de complacerla, señora —respondió él, inclinándose profundamente.

Y ya se marchaba, cuando Bákkrydis exclamó:

—Capitán, te olvidas de una cosa.

Deacon la miró intrigado.

—Sí —dijo ella—, la dirección de ese médico que hace maravillas con las mujeres.

Ralph sonrió.

—Desde luego. —Sacó un bloc de notas y un lápiz y escribió unas líneas—. Haga que le pongan este espaciograma en mi nombre. Acudirá dejándolo todo por complacerme, señora.

Bákkrydis sonrió.

—Por primera vez, empiezo a pensar que tal vez vuelva a vivir de nuevo, capitán.

—Usted es joven todavía —contestó Deacon. Se inclinó y arrambló con las bandejas de frutas y dulces—. Y debe empezar ahora mismo su dieta.

Cuando salía, oyó una alegre carcajada femenina.

Tatmar le miró asombrado.

—Hacía años que no oía reír así a la reina, capitán. ¿Qué ha hecho usted para conseguirlo?

Deacon se metió en la boca un bombón del tamaño de un puño.

—Le conté un chiste terrestre. Es un chiste muy viejo, ¿sabe? Se trata de un viajante de comercio que vuelve un día antes de lo previsto y…

Unos momentos después, Tatmar se desternillaba también de risa. Pero, claro, Deacon no se hubiera atrevido a contar aquel chiste a Bákkrydis. Aún era pronto para tomarse tales confianzas.

CAPÍTULO IV


Deacon le parecía imposible haberse metido en una aventura semejante. Como buen mercader del espacio, conocía bien los lugares donde podía vender sus mercancías.

Generalmente, la vida humana, terrestre o no, se desarrollaba en planetas tipo Tierra o, por lo menos, de parecidas características. Si en tiempos relativamente remotos se habían establecido colonias en otros planetas de superficies inhóspitas, el paso de los años había impuesto una especie de selección automática, y ahora, la mayoría de la humanidad fisiológica y anatómicamente similar a la terrestre vivía en mundos fácilmente habitables y con los mínimos inconvenientes en cuanto a clima y demás.

Por lo tanto, era obvio que Armidon era un planeta muy parecido a Nárkydis, salvo, naturalmente, en los yacimientos de narkonio, y parecido también a la Tierra y a centenares de otros muy similares esparcidos en aquel rincón de la Galaxia que

comprendía una hipotética esfera de unos quinientos años luz, cuyo centro fuera la estrella sol de Tierra. Así pues, las operaciones comerciales de Deacon y otros mercaderes como él se desarrollaban principalmente en los mundos dependientes de Sirio, a casi nueve años luz; Procyon, a once; Altair, del Águila, a 16; Vega, de la Lira, a 27; Pólux, de los Gemelos, y Arturo, del Boyero, a 33 y 38 años luz; respectivamente; Aldebarán, del Toro, a 44 y Capella, del Cochero, a 46… Nárkydis pertenecía a la constelación del Toro y se hallaba situada en la vecindad de la estrella Delta de la misma, en tanto que Armidon pertenecía a la estrella Spica, de la constelación de la Virgen.

Para realizar el viaje a Armidon, Deacon debía pasar antes por la Tierra, no porque en realidad le hiciera mucha falta para su misión, sino para reponer mercancías. Era un mercader y tenía que seguir desempeñando su papel, y en Nárkydis había agotado casi todas sus existencias. No podía presentarse, pues, en Armidon, con las bodegas vacías.

El viaje a la Tierra le supondría unas tres semanas. Mientras viajaba, había despachado un puñado de espaciogramas a sus proveedores, con el fin de no perder más tiempo del preciso. Las ventas en Nárkydis le habían producido un buen puñado de talentos, además de un cheque por valor de doscientos mil que le había facilitado Tatmar por sugerencia de Bákkrydis, a fin de que no careciera de medios en su misión.

En la Tierra permanecería una semana más; lo justo para comprobar y cargar las mercancías. Luego emprendería viaje a Armidon; ciento treinta y seis años luz, que le consumirían cuatro semanas largas de viaje. Dos meses, en total, antes de llegar a su destino. Y luego, una vez en Armidon, ¿cómo diablos sabría dónde estaba el cañón? ¿De qué manera lo destruiría?

Sobre este punto, Bákkrydis no había sido demasiado explícita, por la sencilla razón de que ella misma no lo sabía. «Dejo el problema a tu ingenio», le había dicho.

—Claro —masculló rabioso—; como si fuera tan fácil destruir un cañón de trescientos cincuenta metros de largo y cincuenta o sesenta de alto. Basta un simple cartuchito de dinamita para enviarlo al diablo… —y rió agriamente, sin ningún entusiasmo.

Era cierto que si salía con vida, la aventura le iba a reportar

cuantiosos beneficios. Pero si perdía, lo perdería todo. No habría términos medios.

Llevaban ya doce días de viaje, la mitad, más o menos del tiempo que necesitaban para llegar hasta la Tierra. Sus pasajeros eran seis, incluido el coronel Tatmar. Cinco eran agentes de Bákkrydis, ella misma se lo había dicho. El sexto no.

El sexto pasajero no podía ser agente de Bákkrydis, por la sencilla razón de que era nada menos que Danshon, el hombre que había intentado sobornarle con el cheque de un millón de talentos. Ralph se había enterado cuando ya era demasiado tarde para rectificar.

Y se lo había dicho bien claramente, una vez en órbita libre.

—Danshon, usted está aquí porque fue mi segundo Scoff el encargado de recibir a los pasajeros. Yo tenía otras cosas más importantes que hacer, por eso no le vi llegar. Voy a hacerle una advertencia, en respuesta a la propuesta que usted me hizo días atrás en el hotel.

Danshon sonrió insolentemente.

—¿Sí, capitán?

—Usted me ofreció un cheque de un millón, que yo rechacé de inmediato y en la forma tan contundente que usted pudo apreciar. Es de suponer que la no aceptación de dicha suma implica una amenaza para mí, ¿no es cierto?

—Por supuesto, capitán.

—Bien. Escúcheme esto, entonces: si le veo el menor gesto sospechoso, si veo que mueve una pestaña más rápida que la otra, le arrojaré al espacio por el expulsor de desperdicios. ¿Está claro?

—Clarísimo, capitán.

—Y otra cosa, Danshon. En cuanto lleguemos a Tierra, le desembarcaré.

La sonrisa de Danshon acentuó el tono insolente.

—No podrá, capitán. Mi pasaje está pagado hasta la capital de Armidon.

—Le devolveré el dinero.

—Que yo no aceptaré en modo alguno, capitán. Para hacer tal cosa, tiene que estar presente el Comisario de Astronáutica del espacio-puerto donde aterrice usted. Si usted trata de cancelar mi pasaje, yo denunciaré que transporta pasajeros en una nave

comercial y entonces le retendrán su patente.

Deacon apretó los puños. Danshon le tenía bien cogido y lo sabía. Por eso sonreía de aquel modo tan irritante.

—De acuerdo. Vendrá a Armidon. Aunque —agregó ofensivamente—, no sé qué empeño tiene en ir hasta allí, cuando ha fracasado en la misión que le confiaron. ¿No cree que puede ser peligroso para usted?

—Deje que sea yo quien juzgue lo que es o no es peligroso para mí, capitán —había contestado Danshon con su frescura habitual. Y en forma insultante, añadió—: Oiga, ¿no podría decir a su cocinero que mejorase la calidad de las comidas? Son francamente detestables, ¿sabe?

—Ésta es una nave comercial, no un transestelar de lujo. Lárguese —acabó vociferando el joven, perdidos los nervios ante la continua sonrisa de su interlocutor.

Más tarde le encontró Tatmar.

—Le veo muy irritado, capitán —comentó.

—Tengo motivos para ello —rezongó el joven con voz alterada.

Y le contó todo lo que le había sucedido con Danshon, incluyendo su primera entrevista.

Tatmar se mostró muy preocupado al escuchar el relato de Deacon.

—Es un agente de Goran —decretó.

—Sí, pero ¿qué quiere que haga? Tengo que soportarlo a la fuerza, ¿no?

—Podemos suprimirlo si le parece, capitán.

—Ni hablar —se negó Deacon rotundamente—. No quiero complicaciones a bordo de mi nave. Bastante tengo —se lamentó—, con haber aceptado la misión que me confió Bákkrydis. Déjelo que siga tranquilamente; quizás él acabe descubriéndose… —y añadió confidencialmente— y descubriéndonos lo que tanto nos interesa.

La cosa quedó así, y durante unos doce días después de la partida, todo pareció continuar normalmente. Entonces empezaron a ocurrir cosas raras en la astronave.

Casi todos los tripulantes estaban capacitados para desempeñar la mayoría de los cargos de la misma, aunque, por regla general, cada uno de ellos tenía una misión específica que realizar. Había un tal Magnus MacLean que, además de encargado del control de los

motores propulsores, era el intendente y cocinero de a bordo.

Al final de la segunda semana de viaje entró en la cámara de Ralph.

—Capitán —dijo, dando vueltas con las manos a una mugrienta gorrilla con la que solía cubrir su hirsuta pelambrera encarnada.

—¿Sí, Mag?

—Escuche, soy de origen escocés y dicen que en mi tierra abundan los fantasmas. Pero, que yo sepa, no me traje ninguno en la maleta al embarcar.

Deacon estaba redactando el borrador del diario de a bordo y se volvió para mirar a MacLean de hito en hito.

—Mag, ¿qué te pasa? ¿Se te ha subido a la cabeza tu *whisky* particular?

—No, señor.

Los tripulantes sostenían que Magnus se destilaba licor para él sólo con las cortezas de patatas que sobraban de las comidas y un poco de azúcar, puesto todo ello a fermentar en una mezcla de alcohol y agua. Era cierto, pero nadie había probado más de una vez aquel infernal brebaje. Luego les había dolido el estómago a todos durante días enteros.

—¿Entonces?

—Verá, usted sabe que yo soy muy meticuloso con el pañol de víveres. No se me escapa ni un solo gramo de café ni, mucho menos, una lata de peras en almíbar.

—¿Y…?

—Desde hace días vengo notando una disminución extraña en las reservas de alimentos. Todas las noches hago inventario de lo consumido durante el día y… Bien, rayos, me falta comida. Me llaman tacaño, escocés y qué sé yo cuántas cosas más, pero, hace poco, Bazcoatl tuvo una indigestión. Eso no es ser tacaño, ¿verdad, capitán?

—Verdad —concordó el joven, que no sabía adónde quería ir a parar MacLean.

—Bien, pues he estado pensando mucho las cosas y he llegado a una conclusión.

—¿Cuál, Mag?

MacLean tomó aliento. Luego expulsó las palabras de golpe.

—¡Hay un polizón a bordo, señor!

Deacon frunció el ceño.

—Mag, mira bien lo que dices. Estas cosas no pueden tratarse a la ligera.

—Capitán, estoy absolutamente seguro. Demonios, a nadie le falta nada. Ninguno, de los pasajeros se ha quejado de la comida…

—Excepto Danshon.

—Ése lo hace por costumbre —masculló Magnus MacLean—. No. Insisto en que hay un polizón a bordo.

—Pues entonces, ¿por qué diablos no lo buscas, Mag?

El escocés iba a contestar algo, cuando, de repente, se oyó un fenomenal alboroto.

—Suélteme, canalla… Le digo que no me toque, sucio bastardo… Estúpido, quíteme las zarpas de encima. ¿Cree que no sé caminar? Quite a un lado esas manazas, terrestre de todos los diablos…

Los dos hombres se miraron asombrados durante: unos segundos. Luego, obedeciendo ambos a un impulso simultáneo, salieron a una de la cámara, encontrándose con un espectáculo inusitado.

Scoff, el tuerto, forcejeaba violentamente con una mujer, joven y hermosa, a lo poco que podía verse de la misma. Scoff y la mujer se peleaban enconadamente, aunque era de ver que el segundo se contenía para no hacerle daño.

Deacon lanzó un poderoso bramido que tuvo la virtud de aquietar a ambos contendientes.

—Capitán —gritó Scoff—, mire lo que hemos encontrado a bordo.

Y agarrando por un brazo a la mujer, la empujó hacia donde estaba el joven, pese a sus airadas protestas.

—El polizón que le decía —exclamó MacLean.

—Vaya —dijo Deacon—, ¿quién lo hubiera dicho? Es la primera vez que me sucede tal cosa. Un polizón a bordo. ¿Por dónde entraste, muchacha?

Era joven y bonita y a Ralph le pareció que la conocía.

—Aproveché un descuido de este gorila —dijo de mal talante, señalando a Scoff.

Deacon miró al tuerto.

—Scoff, parece ser que no atendías a tus deberes como es

preciso. ¿O es que va a resultar ahora que Mag no es el único que se destila a bordo su *whisky* particular?

El semblante del segundo se puso del color de la púrpura.

—Capitán, yo…

—Déjalo por ahora, Scoff —le atajó el joven benignamente—. Ahora lo importante es interrogar a nuestro hermoso polizón. Ven conmigo, muchacha. Dejadnos solos.

Se echó a un lado para que pasara la mujer, la cual desfiló delante de Scoff y MacLean con el aire altivo de una reina. Entró en la cámara de Deacon seguida por éste, quien cerró a continuación la puerta para evitar indiscreciones.

Ralph sirvió dos copas y entregó una a la muchacha. ¿Dónde la había visto antes de ahora?, se preguntó.

—¿Y bien? ¿Puedes decirme cuáles son tus propósitos, chica?

Ella bajó la vista, súbitamente confundida. Toda su belicosidad parecía haber desaparecido como por encanto.

—Verá, capitán —murmuró—. Oí decir que esta nave se dirigía a Armidon y… Bueno, no tenía un solo talento para pagarme el pasaje hasta allí, conque se me ocurrió lo de colarme a bordo subrepticiamente.

—De modo que quieres ir a Armidon, ¿eh? Y ¿qué es lo que piensas hacer allí?

—Bailar.

Deacon pegó un respingo. De pronto, se fijó en una insignia que la muchacha ostentaba sobre el pecho, ligeramente encima del seno derecho. Era un rombo plateado, con una D negra en su centro.

Chasqueó los dedos.

—Ahora lo recuerdo. Tú eres Dionía, la danzarina que no podía pagarme los cinco metros de seda tornasolada. Veo que aún llevas al cuello el trozo de tela que te di.

Ella sonrió suavemente, en tanto que acariciaba con los dedos el fragmento de tejido.

—Así es, capitán. Usted se portó entonces muy gentilmente conmigo.

Pero se calló que se había llevado una pieza de dicha seda y que la había vendido con un suculento margen de ganancia.

—¿Y por qué quieres bailar en Armidon? ¿Es que en Nárkydis no podías hacerlo, Dionía?

—El músico se murió y me quedé sola. No podía pagar a otro lo suficiente y… Bien, debes saber que las danzarinas de Nárkydis son altamente apreciadas en Armidon.

—Sí, eso dicen —observó el joven pensativamente—. Pero no sé si podré llevarte hasta allí.

El color huyó del lindo rostro de la muchacha, que se estremeció de angustia.

—¿Por qué?

—Eres un polizón. ¿O ya lo has olvidado, Dionía?

Ella apretó los labios.

—No, no lo he olvidado. Pero siempre creí que los terrestres eran gentiles con las damas.

Deacon rió ásperamente.

—Los terrestres somos humanos, como los de otros planetas. Humano, en el sentido fisiológico, no quiere decir que se sea también en el terreno espiritual. De nosotros, los mercaderes, suelen decir que no somos humanos.

—Tú eres distinto a los demás mercaderes, capitán —dijo ella, tuteándole de pronto.

—Soy un individuo que vive de su trabajo. ¿Qué sucedería si, de repente, un inspector comercial me revisara la nave y se tropezara con un polizón en ella?

Dionía jugueteó un momento con el trozo de seda que le envolvía el cuello.

—Posiblemente, se interesaría más por averiguar las causas que te han obligado a aceptar seis pasajeros a bordo, ¿no crees?

Deacon frunció el ceño. El tono de la muchacha le había parecido un tanto enigmático.

—Dionía, estoy seguro de que durante la noche has estado merodeando por la nave. ¿Qué diablos has oído por ahí?

—¿Oír yo? ¿Me juzgas capaz de escuchar detrás de las puertas, capitán? Simplemente, siento extrañeza por ver seis pasajeros en tu nave, eso es todo.

—¿Nada más?

Ella lanzó una argentina carcajada.

—¿Y por qué había de haber algo más? Estuve escondida en la bodega de equipajes y sólo salía por las noches a comer un poco. Pero yo te aconsejaría que no me desembarcaras en la Tierra.

Podría sentirme locuaz y… oye, capitán, hablando francamente, ¿se notará mucho en los gastos generales de la nave, tales como víveres, oxígeno, agua, combustible y demás los cincuenta y dos kilos de una persona como yo?

Deacon miró a la muchacha de arriba abajo. Era de mediana estatura, de talle sumamente flexible, seno alto y erguido y caderas de ánfora. Realmente, poseía la contextura física propia de una danzarina, y su esbelto cuerpo estaba sumariamente cubierto con una chaquetilla sin mangas, muy ajustada al busto, y unos cortos pantaloncitos de color azul fuerte. Sus pies estaban encerrados en unas leves sandalias, y ésta era toda su vestimenta.

—No —dijo con voz súbitamente ronca—. No. Pero sal de aquí inmediatamente. Espera… Te confinaré en una cámara; una mujer como tú es un cartucho de dinamita en una nave espacial. Además, ordenaré que te entreguen otras ropas… esas que llevas no acaban de gustarme.

—En Nárkydis tenían mucho éxito —dijo ella maliciosamente.

—Aquí procuraré yo que tus éxitos se conviertan en un fracaso —masculló Deacon, evidentemente irritado.

Tatmar vino a verle mucho más tarde.

—El hallazgo del polizón es la comidilla de a bordo, capitán —dijo.

—No me lo recuerde usted —se estremeció el joven—. Me siento enfermo cada vez que pienso en ello.

—¿Cuáles son sus intenciones respecto a la chica?

—Llevarla a Armidon. No me queda otro remedio. Me ha amenazado con denunciarme a los inspectores de tráfico si la desembarco en la Tierra. Lo mismo que ese granuja de Danshon.

Tatmar estaba enterado de lo que sucedía con Danshon.

—Bien —dijo al cabo—, si sujeta a la chica, creo que el viaje se deslizará sin mayores inconvenientes, capitán. Y, en lo que respecta a Danshon, no se preocupe; yo me encargo de él.

—Cuidado con lo que hace, coronel —advirtió el joven—. No dudo que usted tendrá órdenes especiales de Bákkrydis, pero debe tener presente en todo momento que el capitán de la nave soy yo y que aquí se hace lo que yo mando, ¿estamos?

—Nunca lo he dudado, capitán —contestó Tatmar con cierta rigidez.

—Usted y sus compañeros están aquí para controlarme, pero no para indicarme lo que debo o no debo hacer. Según me dijo Bákkrydis y según le pedí yo, tengo entera libertad de acción para llevar a cabo la misión que me encomendó. La suya se reduce a vigilar que la cumpla, eso es todo.

—Comprendido, capitán —contestó Tatmar. Saludó y se marchó.

La vida, en los pocos días que faltaban ya para la llegada a la Tierra, se desarrolló normalmente. Salvo Tatmar, los acólitos que éste había traído consigo no dirigían al joven la palabra más que para los actos necesarios de la convivencia a bordo. Eran cuatro tipos hoscos, cerrados, que se pasaban la mayor parte del tiempo sumidos en las delicias de los naipes.

Cuando ya habían rebasado la órbita de la Luna y el joven empezaba a disponer las maniobras necesarias para el próximo aterrizaje, ocurrió algo inesperado.

Nysmith, el pulido Nysmith entró en la cámara del joven sin anunciarse. Era hombre que, ordinariamente, no se conmovía por nada, pero en aquella ocasión estaba muy pálido.

—Capitán —dijo sin ningún preámbulo—, se ha cometido un asesinato.

CAPÍTULO V



l muerto era uno de los ayudantes de Tatmar, tenía el cuello rebanado de oreja a oreja y estaba en la cámara de Danshon.

Danshon no intentó negar siquiera que había sido el autor de la muerte.

—Pero no lo califiquen de asesinato, por favor —dijo fríamente —. Se trata de un caso de legítima defensa. Quiso matarme y le degollé, eso es todo.

Aún tenía sobre sus ropas manchas de la sangre del muerto. El cuchillo homicida yacía en el suelo, a dos pasos del cadáver.

—¡Eso no es cierto! —vociferó Tatmar, fuera de sí—. Tsuklas, así se llamaba el muerto, no era hombre capaz de atacar a nadie.

Danshon sonrió fríamente.

—¿Supone, entonces, que yo lo atraje a una emboscada y lo degollé aquí, en mi propia cámara? Coronel, le creía más inteligente.

Tatmar se volvió hacia el joven.

—Capitán, exijo el arresto inmediato de este hombre y su entrega a las autoridades de la Tierra.

Deacon reflexionó unos momentos. Necesitaba la cabeza despejada para no cometer ningún error.

—Nysmith, Bazcoatl, llevaos ese cadáver y limpiad luego la cámara. Después os diré lo que hay que hacer con el muerto. Coronel, sírvase acompañarme a mi despacho.

Desde la puerta se volvió al interior de la pieza.

—Entretanto, Danshon, le recomiendo no abandone su camarote.

—¿Y adonde cree que podría ir, capitán? —preguntó burlonamente el individuo.

Deacon se llevó a su cámara al justamente irritado Tatmar. Apenas se encontraron los dos solos, el coronel se echó encima del joven.

—Capitán —bramó—, ese individuo degolló a Tsuklas. Debe formular una denuncia y entregarlo a las autoridades competentes de la Tierra. Es un asesino…

Con perfecta tranquilidad, Deacon llenó dos copas y entregó una a su excitado interlocutor.

—Coronel —dijo, después de haber tomado un sorbo—, ¿se ha parado usted a meditar en las consecuencias de un acto semejante?

Tatmar se lo quedó mirando con aire atónito.

—Capitán, no me irá a decir que piensa dejar impune un crimen como ése —exclamó.

—Pues, aunque le parezca extraño, ésas son mis intenciones —respondió el joven sin inmutarse.

—¡Qué! —chilló Tatmar—. ¿Se ha vuelto loco?

Deacon apuró su copa.

—No, coronel. Reflexione un momento sobre lo ocurrido. Figúrese usted que damos cuenta a las autoridades de la muerte del tal Tsuklas. Inmediatamente se practica una investigación y, ¿qué diablos sucedería entonces?

»Muy sencillo: intervendrían, además de la policía, los inspectores de tráfico transestelar. Llevo a seis pasajeros, sin contar con el polizón. Ordinariamente, los inspectores suelen hacer la vista gorda, en parte porque es una cosa relativamente común llevar

pasajeros en las naves comerciales y en parte porque así ponen la mano para recibir un puñado de talentos.

»Pero, amiguito, ya no valdrían tapujos en el caso de una muerte. Se destaparía el pastel, a mí me retendrían indefinidamente la patente y ¿quién sabe si no me la retirarían para siempre? La nave quedaría anclada en la Tierra y… ¿se ha detenido a pensar, coronel, qué sería de la misión que Bákkrydis me ha confiado?

Tatmar agachó las orejas.

—Entonces, ¿qué hará usted, capitán?

—Simplemente, desalojaré un frigorífico y meteré en él el cuerpo de Tsuklas. Cuando hayamos zarpado de la Tierra y estemos de nuevo a buena distancia, lanzaré su cadáver al espacio. ¿Qué otra cosa quiere que haga, coronel?

—¿No se irán sus hombres de la lengua? —preguntó Tatmar suspicazmente.

El cuerpo del joven se envaró.

—Figúrese que le hago yo la misma pregunta respecto de los suyos, coronel.

—Son seguros —respondió Tatmar.

—También los míos lo son. No hablarán, puede irse tranquilo.

Y, con estas palabras, despidió a Tatmar, quedándose solo en su cámara.

Se sirvió una segunda copa de vino, paladeándolo con aire ausente. Pensó en Bákkrydis, en la dificilísima misión que le había sido encomendada, en Tatmar, en Danshon, hasta en la hermosa Dionía.

Tenía que destruir un cañón, un cañón de unas proporciones como jamás había creído fuera posible existiera, una pieza artillera de efectos devastadores.

¿Por qué no lo había utilizado Goran todavía contra Nárkydis?

A su juicio, había dos explicaciones.

Una, el cañón estaba en período de pruebas. Según Bákkrydis, los proyectiles habían destruido algunos satélites y asteroides sin importancia. Bákkrydis había citado sus nombres y Deacon sabía que se trataba de cuerpos celestes de tamaño muy inferior al de la Luna.

Pero una cosa era destruir un astro cien veces menor que la Luna y otra era destruir un planeta de un volumen idéntico al de la

Tierra. Por supuesto, en el caso de que los proyectiles no estuvieran del todo perfeccionados, su impacto no conseguiría los resultados deseados, pero aun así, los efectos resultarían desastrosos. Y no había que hablar siquiera cuando Goran disparase un proyectil que reuniera todas las condiciones.

La segunda razón por la cual Goran no había realizado aún el disparo fatídico podía consistir en una especie de presión por el terror. Si Goran destruía Nárkydis, su fuente de narkonio se habría secado… y con el placer de la venganza no se obtenían ventajas económicas.

De repente, al joven se le ocurrió una idea.

¿No habría, en el fondo de aquella amenaza, algún otro motivo más poderoso, para Goran, por supuesto, que la simple ambición de poseer la única fuente de narkonio conocida hasta entonces?

En tal caso, ¿qué motivo era éste?

Deacon se paseó por la estancia durante unos momentos, hasta que, al fin, hubo de rendirse.

—Sólo hay una manera de averiguarlo —se dijo—. Y es yendo a Armidon.

Tras de esta poco consoladora reflexión, se echó la tercera copa al coleto y se encaminó a la cámara ocupada por Danshon.

Tocó en la puerta con los nudillos. Un instante después, tenía ante sí la imagen del espía.

Danshon sonreía sarcásticamente, como de costumbre.

—Como puede ver, capitán —dijo—, no me he escapado. Soy su obediente servidor; usted me dijo que permaneciera en mi camarote y aquí estoy.

Ralph cerró la puerta.

—Danshon —dijo—, necesito que me explique usted cómo ocurrió la cosa. —Cerró la puerta cuidadosamente—. Puede hablar con toda franqueza; ahora estamos los dos solos.

—Es bien sencillo, capitán —respondió el individuo—. Ese tipo apareció por mi cámara para invitarme a una partida de cartas. Le dije que no tenía ganas, sencillamente. Pareció conformarse con mi contestación, pero, de repente, se abalanzó contra mí con un cuchillo en la mano. Bien, perdió, eso es todo.

Deacon frunció el ceño.

—¿Por qué quería matarle, Danshon?

—Supongo que era un acérrimo defensor de la reina Bákkrydis y quiso eliminar a un piojoso espía de Goran —contestó el individuo, riendo.

—¿Está seguro de ello? —preguntó el joven suspicazmente.

—¿Y qué otra razón podría darle? Usted lo ha podido ver en estas tres semanas de viaje, capitán. Apenas he tenido relación con esos tipos. Tsuklas quiso eliminarme por las razones que le he dado, eso es todo.

—¿Hablaron algo antes de la pelea, Danshon?

—No. Solamente lo relativo a la propuesta de unirme a ellos para jugar y mi negativa.

Deacon meditó unos segundos. Realmente, Danshon parecía tener razón. Era un espía de Goran, por eso Tsuklas se había creído en el deber de eliminarlo.

Pero ¿por su cuenta? ¿Por orden de Tatmar?

En este caso, no cabía la menor duda de que los planes del coronel habían resultado fallidos. Y, además, había estado a punto de cometer un error mayúsculo, intentando denunciar el hecho a las autoridades de la Tierra. No, convenía mantener en secreto la muerte de Tsuklas. Más tarde lanzarían su cadáver al espacio, cuando ya no corriesen peligro de ser descubiertos.

Fue a decir algo, pero en aquel momento sonaron unos extraños golpes en el mamparo que separaban los dos camarotes.

—¿Qué es eso? —preguntó Deacon con el ceño fruncido.

Danshon se echó a reír.

—Es mi encantadora vecinita, la danzarina. Es curioso, conoce el alfabeto morse y conversamos por este medio. La pobre debe aburrirse mucho en su encierro, capitán. No sea usted severo con ella y permítale que pasee un poco por la nave.

—Deje que sea yo el que resuelva algunos asuntos, Danshon —contestó el joven secamente—. Mientras tanto, le anuncio que habré de encerrarle a usted también hasta que hayamos zarpado de la Tierra en órbita hacia Armidon. No quiero que se me escape, ¿entiende?

—El amo a bordo, después de Dios —rió Danshon burlonamente, mientras Ralph salía de la cámara.

La llave de la pieza que ocupaba Dionía estaba en su poder. Abrió la puerta y volvió a cerrar en el acto.

La danzarina se le enfrentó con cara de pocos amigos.

—¿Hasta cuándo va a durar mi prisión, capitán? —preguntó agresivamente.

—Hasta que te desembarque en Armidon… y veremos si entonces no tengo líos con los del Servicio de Inmigración. Son muy estrictos, ¿sabes?

—Pero no insensibles a los seductores encantos de… un buen puñado de monedas —dijo ella intencionadamente.

Deacon torció el gesto.

La chica tenía razón; tendría que «untar» la ávida mano de algún oficial de Inmigración de Armidon para no verse en líos. Y aquel gasto, que no sería pequeño ciertamente, correría de su cuenta.

—Está bien. Veremos lo que hago cuando lleguemos allí. Mientras tanto, ¿te molestaría contestarme a algunas preguntas?

—Prueba —dijo ella con indiferencia.

—Uno de los pasajeros ha muerto. ¿Estás enterada de ello?

Dionía se atusó el pelo con coquetería.

—Tus tripulantes armaban tal escándalo que resultaba imposible no enterarse, capitán.

—¿Has oído algo en la cámara inmediata?

—No.

—Estás mintiendo —dijo él, un poco al albur.

—Vete al diablo —contestó Dionía agriamente.

Ralph paseó la mirada en torno suyo. Examinó el mamparo medianero con la cámara que ocupaba Danshon.

—¿Quién te enseñó el morse? —preguntó.

—En tiempos ocupé una plaza de espaciografista —contestó ella acremente.

—¿Por qué la dejaste?

—Me atraía más la danza.

—Embustera.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno —dijo simplemente.

De pronto, la mirada del joven captó un detalle.

Había un vaso tirado sobre la mesita contigua a la litera que ocupaba Dionía para dormir. La mesita estaba adosada al mamparo.

Ralph se acercó al mueble y tomó el vaso, que era de plástico, para impedir roturas imprevistas en los despegues o en los cambios

repentinos de órbitas. Descubrió que el fondo estaba agujereado.

El hecho le extrañó. De pronto, una súbita idea brilló en su mente.

Aplicó el vaso al mamparo y apoyó el oído en la base perforada.

El vaso resultaba un magnífico amplificador de sonidos. En la cámara contigua, Danshon silbaba una tonadilla mientras paseaba arriba y abajo. Sus pasos se oían con toda claridad.

Deacon se enfrentó con la chica. Estaba furioso porque ella le había mentido.

—Conque no oíste nada, ¿eh? —dijo.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bueno —rezongó—, de nada serviría negarlo. Sí, lo oí todo.

—¿Te molestaría demasiado contármelo?

—Ya no. El tipo ese, Tsuklas, entró en la cámara e invitó a Danshon a jugar a las cartas. Danshon le dijo que se fuera al diablo. Tsuklas pareció enfadarse y le llamó hijo de perra, cochino espía y mil lindezas más. Dijo que iba a rebanarle el pescuezo… y eso fue todo.

Ralph miró a Dionía con suspicacia.

—¿Nada más?

Dionía sostuvo firmemente la mirada del joven.

—Nada más —contestó.

Ralph se quedó con el vaso.

—Te enviaré otro nuevo —dijo. Y salió.

Por el momento tuvo que abandonar aquel problema. El aterrizaje absorbía todas sus preocupaciones y puesto que estaba seguro de que nadie hablaría, se desentendió por completo de la muerte de Tsuklas.

Desde luego, se dijo, allí había algo más que la simple intentona de matar a un espía, pero por el momento no podía hacer más. Todavía tenía cinco semanas por delante, cuatro de ellas en el espacio, para resolver el problema.

Durante la semana siguiente estuvo muy ocupado en recibir y estibar convenientemente la carga. No fue sino casi hasta el momento de zarpar que recordó una cosa.

En el bar del astropuerto había varias cabinas telefónicas. Entró en una de ellas y arrojó una moneda de medio centésimo en la ranura del aparato. Luego marcó un número.

La atractiva faz de una joven con la blanca toca de enfermera apareció al momento en la pantalla visofónica.

—Clínica del doctor Sperrle —dijo la enfermera.

—Escuche, señorita; soy el capitán Deacon. Desearía hablar con el doctor Sperrle.

—Si necesita ser examinado, le atenderá su primer ayudante, el doctor Beaumont. El doctor Sperrle salió hace tres semanas en viaje directo hacia Nárkydis.

Ralph sonrió suavemente.

—Eso es todo lo que deseaba saber, señorita —dijo. Y cortó la comunicación.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VI


ysmith entró en la habitación silenciosamente y se detuvo frente a Deacon.

Su gesto expresaba claramente lo que iba a pronunciar un segundo después.

—Nada, capitán.

Ralph se puso en pie. Caminó lentamente hasta el ventanal más próximo, con un vaso mediano de vino en una mano y un cigarrillo en la otra.

Ya llevaban un mes en Armidonia, la capital del planeta enemigo de Nárkydis, y todavía estaban como el primer día.

Desde que salieran de la Tierra habían transcurrido ya dos meses, tres, contando desde la partida de Nárkydis. En todo este tiempo, Deacon y sus hombres no habían conseguido el menor progreso.

Tenían que buscar un cañón interestelar.

Pero ni siquiera sabían dónde estaba… excepto que se hallaba

en algún lugar de la superficie de Armidon, un lugar cualquiera situado en uno cualquiera de los quinientos sesenta y dos mil millones de kilómetros cuadrados que medía la superficie de aquel planeta, es decir, unos cincuenta mil más que la Tierra.

Bebió el vino y soltó una amarga carcajada.

Ni siquiera sabían si el cañón había sido utilizado ya contra Nárkydis.

Se volvió hacia Nysmith.

—Muchachos —dijo—, creo que hicisteis un mal negocio aceptando esta misión.

Además de Nysmith, se encontraban en la pieza tres o cuatro de sus tripulantes. Sobre una mesa se veía desplegado un gran mapa del planeta.

—Llevamos ya un mes aquí y todavía no hemos conseguido nada práctico. Aunque hemos tratado de hacerlo con parsimonia, nuestras mercancías están a punto de agotarse. ¿Qué excusa daremos cuando esto suceda?

MacLean sugirió:

—Podemos «averiar» los propulsores.

—No es mala idea. Esto agregaría una o dos semanas más de tiempo. Pero los obreros de los astilleros armidonianos son sumamente hábiles. ¿Y después?

Nadie supo qué contestar a las palabras del joven. Éste despachó el resto de su vino, aplastó el cigarrillo contra un cenicero y luego se acercó al mapa.

Lo examinó en silencio durante unos segundos. Armidon era un planeta semejante a la Tierra, con la diferencia de que los mares y las tierras ocupaban áreas aproximadamente iguales, aunque, por supuesto, distribuidas arbitrariamente.

Pero al poseer menos agua que la Tierra, su atmósfera era mucho más seca. Consecuencia: en el interior de las tierras existían vastas extensiones de terreno totalmente desértico, las cuales podían apreciarse claramente en el mapa merced al color convencional con que siempre han sido señalados los desiertos en los mapas: el amarillo.

Algunos de los desiertos alcanzaban extensiones superiores a los treinta millones de kilómetros cuadrados. Eran zonas cuya desolación superaba a todo lo imaginable, donde hacía no años sino

siglos que no se conocía la lluvia. Cualquier comparación con uno de aquellos desiertos y el más desolado de la Tierra resultaba absurda e inútil; sencillamente, no tenían semejanza.

Deacon se frotó la mandíbula pensativamente. Aquellos desiertos tenían nombres poco agradables: Área de la Devastación, Desierto de la Muerte, Desierto de los Desiertos, Tierra Calcinada, Círculo de la Nada…

—Y el cañón está emplazado en uno de estos desiertos —murmuró.

Los vuelos en naves particulares estaban severamente prohibidos en Armidon. Todo viajero que deseaba trasladarse a un punto u otro del planeta tenía que utilizar las aeronaves del gobierno, las cuales seguían rutas establecidas de antemano.

—Hay que buscar un mapa de las líneas aéreas y su trayecto —dijo al cabo.

En silencio, sin añadir una sola palabra, Salas se levantó y salió de la habitación.

—Bueno, muchachos —decretó Deacon al cabo—, es inútil seguir aquí. Es preciso salir a la calle a ver qué es lo que se averigua.

Uno tras otro, los astronautas abandonaron la pieza. Deacon vaciló un momento y al fin se dispuso a hacer lo mismo.

En el momento en que se disponía a abrir la puerta, sonaron unos nudillos.

Hizo girar el pomo. Un hombre de uniforme rojo: chaqueta ajustada, pantalones del mismo color y botas negras, con un casquete semiesférico en la cabeza y la negra funda de una pistola atómica al cinto, apareció ante sus ojos.

—Soy el coronel Ranthor, segundo jefe de la guardia de su Majestad —se presentó—. ¿Es usted el capitán Deacon, de la Tierra?

—Sí, coronel —contestó el joven.

—Su Majestad desea hablarle. ¿Tiene la bondad de seguirme, capitán?

Ralph se estremeció un momento. Goran daba señales de vida.

—Con mucho gusto —contestó al cabo decidido a seguir la ruta marcada por el destino.

Unos minutos después se hallaba a bordo de un pesado automóvil que le llevó a gran velocidad hacia el palacio donde

residía el hombre que gobernaba aquel planeta.

Armidonia era una ciudad inmensa. Enormes edificios que en algunos sitios alcanzaban el kilómetro de altura; anchísimas avenidas, por las cuales discurría un tráfico intensísimo a distintos niveles, puentes de un atrevimiento estremecedor; aceras deslizantes en cantidades fabulosas, todo ello constituía un espectáculo fascinador aun para los ojos de un hombre que, como Deacon, estaba habituado a ver ciudades de todo género y tamaño en todos los planetas habitados.

El palacio de Goran estaba en las afueras de la ciudad, edificado sobre una colina rocosa de unos quinientos metros de altura, en torno a la cual se veían varias murallas concéntricas de una altura y grosor realmente gigantescos. En la actualidad y dados los medios de combate con proyectiles dirigidos, no servían de nada, pero siglos atrás habían tenido su utilidad y aún ahora la tenían, como efecto psicológico, para los habitantes de Armidon. Las murallas les recordaban el hombre que vivía en ellas y que les sujetaba a su férrea voluntad con lazos indestructibles.

Cada muralla tenía una sola puerta, estrechamente vigilada. Ranthor enseñó su pase en cada uno de los puestos de control y el automóvil pudo seguir así su camino hasta hallarse en la explanada principal que se hallaba frente al palacio.

Las altas torres del edificio impresionaron poco al joven, quien ya las había visto en numerosas ocasiones a través de fotografías para turistas. El automóvil entró en un patio cerrado, deteniéndose al pie de una puertecita practicada en un espeso muro.

—Sígame, capitán —dijo Ranthor. En todo el camino habían cambiado apenas media docena de palabras.

Atravesaron la puertecita, hallándose en el estrecho cubículo de un ascensor. Éste les condujo hasta un nivel superior cuya altura no supo calcular el joven. Después salieron a una pequeña habitación, en la cual había varios hombres armados.

Ranthor se dirigió a uno de ellos y le dijo algo. El individuo asintió y desapareció por una puerta cercana, regresando a los pocos minutos.

—Su Majestad les espera —dijo lacónicamente.

Ranthor echó a andar. Deacon caminó tras él.

Entraron en una gran estancia de suelo espejeante, en la cual

había un solo mueble: un sillón, en el que estaba sentado el régulo de aquel planeta. El sillón estaba situado sobre un pequeño estrado para alcanzar el cual era preciso subir media docena de peldaños.

Al entrar en la pieza, Deacon oyó el sonido de una chirimía. Sus asombrados ojos captaron la imagen de una mujer danzando ante Goran.

Era Dionía y la presencia de la muchacha allí la llenó de turbación. ¿Qué hacia la danzarina en el palacio real?

Pero no pudo entretenerse demasiado tiempo en contemplar la danza de la muchacha; debía presentarse ante el rey.

Saludó inclinándose profundamente. Luego se irguió.

Miró a Goran. Éste era un hombre de unos sesenta años terrestres, fuerte todavía, delgado, de rostro huesudo y nariz saturnina, con ojos negros muy vivaces, y labios descoloridos, de cruel expresión.

—Señor —saludó respetuosamente.

Goran movió el brazo, señalándole un punto situado a su izquierda sobre el estrado.

—Acércate, capitán Deacon —dijo, sin mirarle siquiera.

Toda su atención estaba centrada en los voluptuosos movimientos de la danza de Dionía.

Ralph se situó en el lugar indicado. Durante unos momentos, estuvo contemplando las distintas fases de la danza que interpretaba la muchacha, escasamente vestida con unas gasas y unos tules que dejaban muy poco a la imaginación.

La danza terminó minutos después. Goran metió la mano en el interior de su túnica y sacó un apretado fajo de billetes de papel metalizado en oro, arrojándolo a los pies de Dionía.

—Lo has hecho muy bien, muchacha —dijo con voz inexpresiva.

Dionía saludó profundamente varias veces. Luego, acompañada por su músico, se retiró, no sin lanzar antes una mirada significativa hacia el lugar donde estaba el joven.

A continuación, Goran agitó una mano. Ranthor se marchó. Los dos hombres se quedaron solos.

Goran se retrepó en el sillón y miró al joven de hito en hito.

—Así que tú eres el mercader de la Tierra, capitán Deacon.

—Tengo ese honor, en efecto. Majestad —contestó el joven, haciendo una inclinación.

—Y espía de Bákkrydis.

—¡Señor!

—Dejémonos de rodeos, capitán —dijo Goran secamente—. ¿Qué es lo que buscas en mi planeta?

—Majestad… soy un honrado mercader que…

—Si eres mercader, no eres honrado —Goran rió sarcásticamente—. Ninguno lo son y menos si han nacido en la Tierra. Y tú, además, eres espía de ese saco de grasa que es Bákkrydis.

—Señor —dijo Deacon—, con el debido respeto, niego la imputación que se me hace. Jamás se me ocurriría violar la hospitalidad tan generosamente dispensada por las gentes de vuestro planeta, cometiendo un acto tan vil.

Goran volvió a mirarle fijamente durante unos momentos. Luego se echó a reír.

—¡Je! ¡No eres espía! ¿Crees que soy tonto?

—Que el Gran Sirio me libre de suponer semejante cosa acerca de vuestra Majestad.

El rey frunció el ceño.

—Escucha, me has pescado en vena de paciencia. Liquida tus mercancías y lárgate de mi planeta, ¿estamos? Márchate o de lo contrario haré que te despellejen vivo. A ti y a tus hombres, ¿me oyes? No admito ninguna disculpa.

—Señor —contestó Deacon sin inmutarse—, repito que rechazo enérgicamente cualquier acusación en tal sentido. No soy espía de Bákkrydis.

—Has venido a realizar una cosa, capitán. Sé cuál es y tú también lo sabes. Podría matarte en el acto y nadie me pediría cuentas de ello. Pero te dejo libre porque quiero que le lleves un mensaje a Bákkrydis. El mensaje es éste: Ríndete.

Deacon pestañeó.

—No entiendo, señor —dijo.

—Finges no entender —replicó Goran abruptamente—. Ordinariamente, no me entretengo personalmente con los espías de Bákkrydis; los hago despachar por mis hombres. Pero en esta ocasión quiero hacer una excepción contigo. Lárgate de Armidon y repítele esa palabra a Bákkrydis.

Deacon se inclinó.

—Puesto que lo desea así… Al menos —preguntó con aire intrascendente—, cuando se hace una oferta de rendición, se indica también un plazo para la misma. ¿Sería demasiada curiosidad saber cuál es ese plazo?

—El tiempo justo que necesitas para llegar a Nárkydis y ponerte en contacto con esa bola de sebo.

Y Goran dio por terminada la audiencia con un ademán de su mano.

Ralph se retiró, profundamente conturbado. Después de lo que acababa de escuchar, no le cabía la menor duda de que su misión había fracasado por completo.

En la puerta del palacio se encontró con una persona: Dionía.

La bailarina le sonrió maliciosamente:

—Hace tiempo que no nos veíamos, ¿eh, capitán?

—Sí —contestó el joven de mal talante.

Ella le enseñó el fajo de billetes que le había dado Goran.

—El tipo ese es generoso, no cabe duda —manifestó—. Puedo pagarte el importe de mi pasaje.

—Olvídalo —dijo él de mal talante.

El automóvil que les devolvía a la capital maniobraba ya para situarse junto a la puerta.

Dionía bajó la voz y habló rápidamente.

—Escucha, capitán —dijo—. Tengo algo que decirte. Pero no aquí. Acude esta noche a «El Cohete de Oro». Bailo allí. Te reservaré una mesa. No dejes de ir.

El automóvil se detuvo frente a ellos. Ranthor les acompañaba.

Dionía se apeó antes, despidiéndose de los dos hombres. Deacon fue conducido directamente hasta su mismo hotel.

—Capitán —dijo con acento severo—, tengo órdenes de su Majestad de hacerle ver la conveniencia de partir de Armidonia en un plazo no superior a veinticuatro horas.

—Así lo haré, coronel —dijo el joven gravemente.

Y entró en el hotel, subiendo inmediatamente a su habitación.

Tatmar le esperaba ya en ella.

—¿Dónde ha estado, capitán? —preguntó con acento de impaciencia.

Ralph le contó lo que le acababa de suceder. Terminó arrojando su gorra contra un rincón.

—Es un grave contratiempo, en efecto —murmuró Tatmar—. Me pregunto cómo habrá podido enterarle de su condición de agente de la reina Bákkrydis.

—Hasta el más idiota habría podido darse cuenta de ello —masculló el joven furiosamente—. ¿A quién cree que he engañado con mi superchería, vamos a ver?

Se paseó nerviosamente por la estancia. Al cabo de un rato, dijo:

—Llevo un mes aquí y todavía no he podido enterarme siquiera del lugar donde se encuentra el cañón. Coronel, estimo que Goran ha sido sumamente benévolo conmigo al respetarme la vida. Mañana zarparé para la Tierra. En el trayecto pondré un espaciomensaje a Bákkrydis despidiéndome de ella. La reina entenderá sobradamente lo que quiero decirle.

—¿Es ésa su última palabra, capitán? —preguntó Tatmar.

Ralph le miró con ojos llameantes.

—¿Qué haría usted, de hallarse en mi caso? ¿Puede indicarme otra solución?

—Evidentemente, no le queda otro remedio que acatar las órdenes de Goran, Deacon. Está bien —suspiró Tatmar—; se lo haré saber así a la reina cuando regrese a Nárkydis. ¿Puedo hacer algo más en su favor, capitán?

—Gracias —contestó secamente el joven—. Con lo que ha dicho, tengo más que suficiente.

Tatmar se marchó.

Poco después llegó Salas.

—Capitán, ya he encontrado el mapa.

—Siento haberte dado ese trabajo, muchacho —dijo el joven—. Es inútil cuanto hemos hecho hasta ahora. Zarpamos para la Tierra dentro de veinticuatro horas.

Salas abrió una boca de a palmo.

—¡Capitán! —Fue todo lo que supo decir.

—Así es. He recibido órdenes en tal sentido y, naturalmente, no puedo desobedecerlas.

—Que me ahorquen si lo entiendo —murmuró el tripulante, rascándose la cabeza.

Mientras hablaba, Deacon había escrito una nota. Puso el papel ante los ojos de Salas, a la vez que decía:

—Es preciso prepararlo todo para la partida. No quiero perder ni

un solo minuto más en este condenado planeta, ¿me comprendes?

Salas leyó la nota con ojos asombrados. Luego sonrió con aire cómplice.

—A mí me sucede lo mismo, capitán. Nunca he estado tan a disgusto en un planeta como en Armidon. Bueno, con su permiso, voy a disponerlo todo para la partida.

—Gracias, Salas.

Acto seguido, Deacon quemó el papel, seguro de que Salas había comprendido bien lo que quería decirle y que era lo siguiente:

Posiblemente nos están escuchando. Scoff, Nysmith, Bazcoatl, MacLean y tú acudiréis esta noche, sin falta, a «El Cohete de Oro». Los demás estarán listos para zarpar dentro de veinticuatro horas.

CAPÍTULO VII


l Cohete de Oro» era un local de gran lujo. Estaba atestado de público, ya que sus atracciones eran las mejores que podían ofrecerse en la capital de Armidon.

Cantantes terrestres, domadores de serpientes tricéfalas de Arturo; los famosos equilibristas de Procyon, componiendo imágenes de un singular atrevimiento sobre un suelo sembrado de puñales con las puntas hacia arriba; los hombres-salamandra de Hydra, sumergiéndose en tinas llenas de gasolina incendiada, sin que se les quemase un solo músculo; los hombres-rompecabezas de Capella, seres que se arrancaban los miembros con la mayor facilidad del mundo, colocándoselos luego sin detrimento físico… todo ello atraía a una numerosa multitud que atestaba literalmente el interior del local, en el que se notaba una atmósfera pesada.

Abriéndose paso con dificultad hacia la mesa que ya tenían reservada, Deacon y sus hombres caminaron hasta ocupar un lugar muy cercano al escenario. Un camarero les trajo inmediatamente

dos botellas de champaña nativo, que tenía muy poco que envidiar al terrestre.

Deacon advirtió que cerca de su mesa había un individuo vestido con un extraño uniforme. Sobre sus hombreras llevaba las divisas de general. Tenía el rostro enrojecido y sus libaciones habían rebasado ya la medida de lo prudente.

—Bueno —gruñó Scoff—, ¿se puede saber a qué nos ha traído aquí, capitán?

—A celebrar la despedida de Armidon —contestó el joven sin pestañear—. Mirad al escenario; esos hombres-rompecabezas son en realidad una atracción magnífica.

Era, ciertamente, una atracción magnífica, pero, al mismo tiempo estremecedora. Los hombres-rompecabezas componían una «*troupe*» de seis individuos, todos ellos de una semejanza física asombrosa en los que se refería al cuerpo, ya que las facciones eran distintas. Hubiérase dicho que sus cuerpos habían salido todos del mismo molde.

Uno de ellos se arrancó de repente el brazo derecho, usando el izquierdo. Otro de sus compañeros realizó la misma operación, cambiando de brazos. Luego se los pegaron en el lugar donde habían sido arrancados.

A continuación se inclinaron al suelo y asieron sendas pesas sobre las cuales estaba escrita la cifra
«50 kg»,
izándolas con el brazo recién adherido sin la menor dificultad.

La acción desencadenó una tempestad de aplausos. Durante unos momentos, el escenario fue una alucinante orgía de intercambio de miembros, miembros que luego quedaban sólidamente soldados a los cuerpos, como si no acabaran de ser arrancados.

Terminó la demostración cuando los seis hombres, a la vez, se arrancaron las cabezas, manteniéndolas en alto con las manos. Luego empezaron a arrojárselas los unos a los otros, en un macabro espectáculo de juegos malabares que puso enfermos a la mayoría de los terrestres. Finalmente, seis pares de manos agarraron simultáneamente otras tantas cabezas y las encajaron en los respectivos muñones de los cuellos. Los hombres-rompecabezas saludaron y se marcharon, dejando tras de sí una atronadora estela de aplausos.

—Esto me pone malo, capitán —dijo Scoff, con la cara tan pálida como la de un difunto—. ¡Jesús!, qué manera de arrancarse la cabeza. Estos espectáculos deberían ser prohibidos.

Y despachó de un solo trago su copa de champaña.

El general de la mesa vecina iba ya por su segunda botella cuando Dionía salió al fin al escenario, a ejecutar una de sus danzas, que fue muy aplaudida por el público. Pero, danzarina al fin y al cabo, por más ardor que pusiera en sus movimientos, no logró el mismo entusiasmo que los anteriores números.

Al terminar, saludó y, sin molestarse en cambiar de indumento, bajó a la pista, encaminándose a la mesa del general.

Éste se puso en pie, tomando la mano de la muchacha y besándosela con grandes aspavientos. Luego la ayudó a sentarse y pidió una copa de champaña.

—Miren la ingenua —dijo Bazcoatl—. Ha conquistado a un pez gordo.

—Dejadla —murmuró Deacon—. Ésa se trae algo entre manos y quiero averiguarlo.

En el escenario estaba actuando un domador de serpientes de tres cabezas. Cada reptil medía unos cuatro metros de largo y realizaban puntualmente sus movimientos a la menor orden de su domador. Había cuatro serpientes y también resultaba un espectáculo enloquecedor ver a aquellos reptiles, cuyos tres cuerpos empezaban a un metro de la cola, moverse de un modo que producía escalofríos.

De repente, oyeron la voz de Dionía.

—Perdóneme, general —dijo—. Desearía saludar a unos amigos míos. Vuelvo en seguida.

—Como quieras, preciosa —dijo el general, con voz enronquecida por el alcohol y el deseo.

Dionía se acercó a la mesa ocupada por los terrestres. Éstos se pusieron en pie al verla llegar y le ofrecieron una silla y una copa de champaña.

La danzarina mojó sus labios en el vino. Luego dijo:

—Capitán, vamos a ser francos y a serlo con rapidez, además. Yo sé lo que ustedes quieren y el modo de obtenerlo.

Deacon procuró mantener la serenidad en su rostro.

—Hable —dijo sin comprometerse a nada.

—Ese tipo que está conmigo —dijo la danzarina—, es un pez gordo. Sabe algo de lo que ustedes buscan y yo trato de sacárselo.

—¿Por qué?

Dionía despachó su copa.

Sonrió con cierto despego.

—Digamos porque me gusta el dinero. ¿En cuánto valoraría usted una buena información que le permitiera alcanzar lo que desea, capitán?

Deacon miró a sus hombres con aire especulativo.

—Estoy segura —insistió la chica—, de que ese general sabe mucho acerca del cañón. ¿Cien mil talentos por la información?

—A mi vuelta te lo diré, Dionía.

—¿A tu vuelta… de dónde, capitán? —preguntó ella.

Puesto que incluso Goran conocía sus propósitos, era inútil andar con rodeos.

—Quiero decir cuando haya destruido el cañón.

Ella meditó unos instantes.

—Hablaremos sobre esto en mejor ocasión. Ahora me voy; el general parece que se impacienta y no quiero hacerle esperar.

—Un momento —dijo Ralph—. ¿Qué es lo que piensas hacer después?

—El general me ha invitado a cenar —contestó la muchacha. Sonrió con malicia—: En «La Serpiente del Espacio».

Y se levantó de la mesa.

Deacon pidió otras dos botellas. Cuando se las hubieron traído, llenó de nuevo las copas.

—Capitán —dijo Scoff—, ¿qué piensa de lo que ha dicho la chica?

—Es posible que el general ocupe un alto cargo. Posiblemente, incluso sea el comandante del proyecto. Sería útil gastarse cien mil talentos en Dionía.

—¿Y si no es cierto? —inquirió MacLean suspicazmente.

—Recuerde que mañana a las dos de la tarde hemos de zarpar, capitán —dijo Bazcoatl.

Deacon sonrió levemente.

—La nave zarpará, desde luego. Y ahora, ¿por qué no nos dedicamos de lleno al espectáculo?

Los astronautas confiaban implícitamente en el joven, por lo que

se abstuvieron de formularle más preguntas sobre el particular.

Ralph fingía contemplar las atracciones y sus ojos captaban las imágenes de cuanto se desarrollaba en el escenario, pero su mente estaba ausente de lo que allí sucedía.

¿Dónde estaba el cañón?

En el centro de un desierto, le había dicho Bákkrydis. ¿Cómo llegar hasta allí?

Los vuelos de aeronaves particulares estaban severamente prohibidos. Sólo podían utilizarse los aviones de las líneas regulares, las cuales tenían establecido un trayecto determinado del que no podían apartarse. Esta disposición era relativamente reciente, lo había averiguado el joven en el curso de sus indagaciones y, según había podido oír, transitoria.

Lo cual significaba que no siempre iban a estar prohibidos los vuelos de aeronaves privadas. Un día se reanudarían… pero ¿cuándo sería ese día?

Cuando el cañón hubiera realizado su disparo o Bákkrydis hubiera cedido a las pretensiones de Goran.

Pensó en Bákkrydis y en su amigo el doctor Sperrle. ¿Qué resultados habría conseguido el médico?

Sacudió la cabeza. Debía olvidar a Bákkrydis… al menos por el momento. En el instante actual, su preocupación debía ser el cañón. Ahora ya no era cuestión de ganarse unos cientos de miles de talentos, sino de puntillo y orgullo propios. Goran le había ordenado marcharse.

—Me quedaré —dijo, entre dientes.

A las doce de la noche, aproximadamente, se levantó. Dejó un billete de diez talentos sobre la mesa y salió, seguido por sus cinco compañeros.

El portero del «El Cohete de Oro», un bicéfalo de Alfa del Cisne, agitó la mano y un taxi se presentó al instante.

—Esperadme en el hotel —dijo el joven, y subió al coche. Ordenó al conductor—: Llévame a «La Serpiente del Espacio».

Media hora más tarde llegaba al lugar indicado. Era un restaurante de lujo, que aparecía ya semivacío a aquellas horas.

El «maitre» se acercó obsequiosamente.

—¿El señor desea cenar, Sin duda? Permítame que le recomiende un menú frío…

Deacon cortó en seco los ofrecimientos del «maitre».

—He cenado ya, gracias. —Paseó la mirada en torno suyo—. Estoy buscando a dos personas.

El rostro del individuo se envaró repentinamente.

—Lamento decirle, señor…

—Capitán Deacon para usted. —Ralph metió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de diez talentos—. Se trata de una mujer. Es una bailarina de Nárkydis. Venía acompañada por un militar.

—No recuerdo, capitán.

Deacon, pacientemente, agregó otro billete.

—Llevaba insignias de general. ¿Necesita más estimulantes para su memoria, amigo?

—Pues…

Ralph añadió el cuarto billete.

—Vamos —gruñó impaciente—, ya está bien de dilaciones.

—El militar es el general Larbos. Está en el reservado
9-II.

—Gracias —contestó el joven. Y echó a andar hacia la escalera que conducía al piso superior.

Pronto encontró el reservado señalado. Fue a tocar con los nudillos, pero se lo pensó mejor. Asió el pomo de la puerta y la abrió de golpe.

El estómago se le contrajo bruscamente. No obstante, supo conservar la suficiente presencia de ánimo para cerrar la puerta a sus espaldas.

Larbos yacía de bruces sobre la mesa, con el mango de un puñal asomándole entre las costillas. Una copa aparecía volcada y su contenido había manchado el mantel.

De Dionía no quedaba ni rastro. La muchacha parecía haberse evaporado.

Rehaciéndose, Deacon se acercó a la mesa. Levantó la cabeza del general. Sus ojos estaban abiertos pero vidriados. La muerte resultaba evidente.

Todavía quedaba champaña. Sin el menor escrúpulo, Deacon se bebió una copa de un solo trago. Luego empezó a mirar en torno suyo. Estuvo examinando la habitación durante unos minutos, hasta que, al fin, se resolvió a registrar el cadáver del general.

Procuró no moverlo de aquella posición. Su paciencia se vio al

fin recompensada, al encontrar una agenda en uno de sus bolsillos.

Empezó a leer lo escrito en la agenda. De repente, oyó un gran tumulto en el piso inferior.

La voz del «maitre» clamó chillonamente. Una voz bronca acalló sus protestas.

Oyó pasos precipitados que subían la escalera. Deacon se percató de que alguien, no sabía cómo, había avisado a la policía.

Lo iba a pasar muy mal si le encontraban allí. Ya contaba con la enemiga declarada de Goran, de modo que la muerte de Larbos sería la gota que haría rebasar el vaso. Sencillamente, el pretexto que necesitaban para deshacerse de él sin provocar enojosas reclamaciones diplomáticas. La tierra estaba muy lejos y, según se decía, era un planeta de vulgares mercaderes, pero sus embajadores aún se dejaban oír cuando protestaban por algo que estimaban debía ser reparado.

Miró en torno suyo. La ventana del reservado estaba entreabierta. Recordando que estaba situada en un primer piso, corrió sin vacilar hacia ella.

En aquel momento reparó en un detalle en el que no se había fijado hasta entonces. Enredada en una de las fallebas de la ventana había un trozo de tela. Deacon lo reconoció al instante; era la tira de seda que había regalado a la muchacha en la plaza de Nárkydis.

¿Había dejado aquello Dionía como prueba de su paso por allí? ¿Era que había querido señalar alguna cosa que él no alcanzaba a comprender de momento?

Pero no podía perder mucho tiempo en lucubraciones estériles. Los guardias corrían ya por el pasillo.

Terminó de abrir la ventana y pasó las piernas por encima del antepecho, dejándose colgar por fuera. Abrió los dedos y cayó al suelo, justo en el momento en que estallaba la puerta del reservado.

La ventana daba a un angosto callejón. Deacon se puso en pie y echó a correr como un desesperado.

Oyó voces a sus espaldas.

—¡Se ha escapado!

—¡Por allí va!

—¡Disparen, imbéciles! —clamó una voz autoritaria.

Sonó un chasquido. Un pequeño cráter se abrió en el suelo, delante de Ralph, después de un violento fogonazo.

Zigzagueó sin dejar de correr, esquivando los disparos que se le hacían, cualquiera de los cuales hubiera bastado para convertir su cuerpo en cenizas. Al fin ganó la esquina y salió a una calle más ancha y mucho más concurrida.

Detuvo un taxi y saltó a su interior, enseñando al conductor un billete de diez talentos.

—Al Hotel Alpheo —ordenó—. Vivo, si quieres quedarte con la vuelta.

El conductor imprimió al coche la máxima velocidad, lo que le permitió a Deacon ponerse pronto fuera del alcance de sus perseguidores.

Una vez en la soledad de su habitación y seguro de haber despistado a la policía, Deacon se entregó a la tarea de leer el contenido de la agenda. Estuvo leyendo durante diez minutos hasta llegar a su final, en el que sorprendió una frase que llamó poderosamente su atención.

Día

7-XIV-115.

A las 0015, primera prueba.

Deacon se quedó helado. Estaban a tres del mes decimocuarto del año 4115, según el cómputo del calendario armidoniano. Dentro de cuatro días, pues, se haría la primera prueba del cañón.

¿Contra Nárkydis?

Ralph no supo contestar a la pregunta.

CAPÍTULO VIII


coff entró en el mísero cuarto del hotel de tercera categoría en que se alojaban y arrojó su gorra con furia a un lado.

—¡Nada!

Bazcoatl entró diez minutos después.

—Todo en vano, patrón.

Nysmith y Salas aparecieron un cuarto de hora más tarde.

—Tiempo perdido, capitán.

El último en llegar fue el escocés.

—Ni rastro de la chica, capitán.

Todos se habían cambiado de indumentaria con el fin de pasar mejor desapercibidos después de haber fingido su partida de Armidon. Incluso Scoff había substituido su habitual parche negro, sumamente delator, por unas gafas de color obscuro, mucho más discretas.

Deacon consultó su reloj calendario.

—Quedan dos días para la prueba. ¿Qué hará Goran? ¿Contra qué hará el disparo? ¿Contra Nárkydis? ¿Contra algún satélite?

Nadie supo contestar a sus preguntas. Todos se sentían desalentados por la inutilidad de los esfuerzos realizados hasta el momento. Habían llegado ya a considerar el asunto de la destrucción del cañón como cosa propia, más que como un negocio en el cual podían ganar una suma fabulosa y se sentían abatidos y deprimidos por el fracaso de sus investigaciones. Dionía había desaparecido sin dejar rastro y no se sabía dónde estaba. De Tatmar no tenían la menor noticia, como asimismo de sus compinches. Claro que esto último no preocupaba al joven; antes bien, se sentía un tanto aliviado de no tenerlos a su lado. Ya eran muchos seis, cuanto más otros cuatro que sólo hubieran aumentado las posibilidades de un fracaso.

De pronto sonó el timbre del visófono.

MacLean movió la palanquita de contacto.

—¿Está el capitán Deacon? —preguntó una voz masculina.

MacLean miró al joven con expresión inquisitiva.

Deacon se puso en pie y se acercó al aparato.

La pantalla estaba velada. El individuo que hablaba no quería mostrar su rostro.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Un amigo, capitán. Le recomiendo vaya a «El Hombre de Alcyon». Verá allí algo interesante. Usted solo, capitán.

La comunicación se cortó al instante. Deacon miró en torno suyo.

—No vaya, capitán —dijo Scoff—. Puede tratarse de una trampa.

—¿Una trampa? —repitió el joven pensativamente—. Vamos a ver ¿quién, fuera de nosotros, sabe que estamos alojados en este hotel, después de habernos despedido del Alpheo?

Los astronautas se miraron unos a otros con expresión de asombro.

—Es cierto —comentó Bazcoatl.

—Tiene razón, capitán —dijo Nysmith—. Pero ¿quién diablos era el que le llamó?

Ralph sonrió.

—Ya lo dijo bien claro: un amigo.

Se dirigió a la puerta.

—No os mováis de aquí, suceda lo que suceda. Aunque sea yo el que os llame, si no digo al final la palabra «Sidyrkkab», no hagáis el menor caso de lo que os diga, ¿estamos?

—¿Qué quiere decir «Sidyrkkab»? —preguntó Salas, curioso.

—Adivínalo —contestó el joven sonriendo.

Y salió.

Era la contraseña que la reina de Nárkydis le había dicho que el agente que ella tenía en Armidon emplearla para ponerse en contacto con él. Hasta el momento presente, el agente no había dado señales de vida. A pesar de que la contraseña no había sido pronunciada, Deacon no tenía la menor duda de que se trataba del mismo.

«El Hombre de Alcyon» era una taberna de mediano aspecto, situada en uno de los barrios laterales de la ciudad. Llegar hasta allí, pese a la fluidez del tránsito, le costó cuarenta minutos largos.

Entró en la taberna y se sentó a una mesa. Un camarero se acercó para tomar nota de su pedido.

—Media botella de vino blanco —dijo.

Mientras le servían lo pedido, observó la clientela de la taberna. Había numerosas mesas ocupadas por toda clase de gentes de distintos planetas. El mostrador estaba igualmente atiborrado de bebedores.

De pronto, su vista captó algo que le hizo sufrir un fuerte estremecimiento.

Había un grupo de hombres, seis o siete, en torno a una mesa, todos ellos vistiendo un uniforme idéntico al del general Larbos, aunque sin insignias que delatasen su rango. ¿Qué hacían allí aquellos soldados?

Se acercó al camarero.

—Este vino ha sido traído directamente de Sidyrkkab, señor —dijo.

Deacon respingó. Así pues, aquél era el hombre que le había llamado por teléfono.

—Parece que huele bien —comentó en tono intrascendente, acercándose la copa a la nariz.

—Hay algo que huele mejor, caballero —dijo el camarero. Y echó una mirada hacia los soldados.

—¿Quiénes son? —preguntó el joven.

—Los artilleros del cañón, capitán.

Ralph procuró mantener su calma.

—¿Seguro?

—Positivamente.

Hubo una pausa. Un cliente pasó cerca de ellos.

—Si el señor me lo permite —dijo el agente obsequiosamente—, le recomendaré el plato especial de la casa: filetes de gamo arturiano con salsa picante. Es algo exquisito.

—Muy bien. Tráigame un plato.

Deacon se dio cuenta de que el camarero quería decirle algo más, pero que hubiera resultado sospechoso permanecer cerca de él, sin un objeto definido, una vez servido ya el vino. Le pareció hallar algo conocido en el agente, pero no supo qué era.

El camarero vino con los filetes de gamo arturiano. No dijo nada de importancia esta vez, pero sus ojos miraron significativamente la servilleta enrollada al lado del plato.

—Espero que el señor quede complacido de nuestro plato típico.

Y se retiró.

Ralph desplegó la servilleta con todo cuidado. Dentro de la misma había una notita.

> «Va a producirse una pelea. Póngase al lado de los artilleros y hágase amigo de ellos. El resto corre de su cuenta».

Hizo una bolita con el papel y lo dejó a un lado. Más tarde, se lo guardó en el bolsillo.

Los filetes de gamo arturiano eran realmente exquisitos. Pero el joven no pudo terminar el plato.

Un beodo tropezó con uno de los soldados. Éste trató de quitárselo de encima.

El borracho se sintió ofendido. Agarró una botella y se la estrelló en la cabeza al soldado.

Uno de sus compañeros se puso en pie. Tomó al beodo por la pechera de su veste y le atizó un fenomenal puñetazo que le hizo dar dos vueltas, lanzándolo contra la mesa que ocupaba el joven,

que resistió bien el impacto.

Deacon se puso en pie a tiempo suficiente para esquivar aquel proyectil humano, que había resistido bastante bien, no obstante, los efectos del tortazo recibido. Trató de ponerse en pie, pero Ralph, fingiendo indignación, le arreó otro puñetazo que lo lanzó contra la mesa de la cual se había levantado.

Uno de los compañeros del beodo se arrojó contra Deacon, en tanto que dos o tres más se abalanzaban contra los soldados. En pocos momentos se generalizó la pelea.

El combate terminó cuando el borracho y sus compañeros fueron expulsados, al fin del local. Los soldados acogieron a Deacon como uno de los suyos y le invitaron a beber.

Deacon quiso celebrar el conocimiento y se empeñó en pagar el gasto. Los soldados se opusieron y hubo una pelea amistosa que concluyó cuando el joven puso en las manos del agente-camarero un buen fajo de billetes.

—Avísenos cuando se termine para reponer las existencias —gritó a voz en cuello, fingiendo una borrachera que estaba lejos de sentir.

Vaciaron seis botellas entre los ocho. Al terminar, Ralph hizo una proposición.

—Chicos, ¿no os parece que debiéramos cambiar de aires? Vamos a buscar otro sitio un poco más ameno.

—Tienes razón —gruñó uno de los artilleros—. Esto parece un funeral. Yo sé un sitio donde se divierte uno mucho más.

Cogidos del brazo y entonando a voz en cuello una canción impublicable, los ochos hombres salieron del local. «Los soldados, pensó Deacon, son iguales en todo tiempo y lugar».

Alquilaron dos taxis y el soldado que había hecho la proposición les condujo a otra taberna de mejor aspecto, donde había mujeres.

Las mujeres se comportaron exactamente como Ralph lo había esperado. Lanzando fingidos grititos de alegría se lanzaron como lobas al encuentro de los recién llegados.

Ralph pidió a gritos tres mesas para todos. Arrojó ostentosamente un fajo de billetes y luego, tras rechazar momentáneamente las caricias de una explosiva pelirroja, se dirigió tambaleándose a los lavabos.

Había allí un par de cabinas visofónicas. Entró en una y depositó

una moneda en la ranura.

El rostro de MacLean apareció en la pequeña pantalla.

—Mag —dijo—, estoy en el «Sagitario». Hay un vino de Sidyrkkab estupendo.

—O. K., patrón —contestó el escocés, ahorrando palabras.

Deacon volvió a la sala. Las tres mesas estaban llenas de botellas. La rubia empezó a hacerle carantoñas. Deacon le siguió la corriente.

Media hora más tarde, aparecieron sus cinco hombres. Uno de ellos se le quedó mirando fijamente.

—Oye —exclamó de pronto—, ¿tú no eres un tal Rawton, de Corinto Dos?

Nysmith había dado el primer nombre que se le vino a las mientes.

—Te confundes, amiguito —dijo Deacon—. Me llamo Jandol, aunque, efectivamente, soy de Corinto Dos.

—Es raro; Yo tenía allí un amigo que se llamaba Rawton. Dispensa, chico.

—De nada.

Uno de los soldados agarró a Nysmith por el brazo.

—¿Eres amigo de este tipo tan simpático? —dijo—. Pues siéntate con nosotros. Y tus compañeros también, ¡qué diablos! Vamos a tomar juntos unas copas. Hay vino de sobra para todos.

Nysmith y los demás astronautas accedieron. Los camareros trajeron dos mesas más y otra buena ración de botellas. La juerga prosiguió.

Al cabo de un buen rato, Deacon, con habilidad, consiguió sacudirse de encima a la pelirroja, cosa que no hizo sin dolor de su corazón. Pero el momento no era el más propicio para devaneos.

Pasó la mano por el hombro de uno de los soldados más próximos y empezó a cantar desafinadamente. El artillero le acompañó.

Al terminar la canción, Deacon vertió más vino en la copa de su compañero. Scoff y los demás procuraban hacerles beber a los restantes soldados, cosa para lo cual no tenían que esforzarse demasiado.

—Oye —exclamó Ralph de pronto—, todo el rato me he estado preguntando qué uniforme tan raro es ese que llevas. No es de la

infantería espacial, ni tampoco de los lanceros carristas…

El soldado le guiñó un ojo pícaramente.

—Es un uniforme secreto —y rió estruendosamente su propio chiste, porque la casaca era de un estallante color anaranjado.

—¿Secreto? —rió el joven.

—Escucha —dijo de pronto el artillero, que estaba completamente beodo—, si no fueras tú, no se lo diría a nadie. Mis compañeros y yo estamos metidos en un proyecto supersecreto.

—¡Caramba! Pues nadie lo diría —exclamó Deacon, fingiendo admiración.

El artillero bebió otro trago de vino.

—Es… bueno, algo sensacional, ¿sabes? Algo que va a revolucionar la humanidad… Cada vez que lo pienso me dan escalofríos, te lo digo de veras… Uy, qué mareo tengo…

—¿No te parece que debiéramos salir a tomar un poco el aire?

El soldado movió la mano.

—No. Déjeme. Quiero aprovecharme de la ocasión. Mañana a las siete de la mañana vuelvo al desierto.

—¿Al desierto? ¿Estáis castigados?

—Oh, no, condenación, aunque lo parece. Tenemos que ir allí… eso es todo.

—Es la primera vez que oigo que haya un destacamento de soldados en el desierto. ¿Acaso hay allí algún penal?

—No, aunque parece que seamos nosotros los condenados. ¡Maldito cañón!

El soldado parecía una esponja. Deacon le llenaba la copa continuamente.

—Mañana a las siete… tenemos que salir para el desierto otra vez… Creo que se prepara algo gordo allí… en el Círculo de la Nada…

Ralph retuvo el nombre. Ahora ya sabía dónde estaba el cañón. ¿Cómo encontrar un medio de transporte?

De repente se le ocurrió una idea. Poniéndose en pie, lanzó otro fajo de billetes sobre la mesa.

—¡Muchachos! —gritó—. Vamos a una taberna que yo conozco. Allí sí que hay cosas buenas. Venid conmigo y lo veréis.

La pelirroja protestó airadamente. Sus protestas se acallaron instantáneamente cuando Ralph le metió por el escote un puñado

de billetes.

Los trece hombres salieron gritando como locos. Vociferaron estruendosamente hasta que acudieron tres coches.

Deacon respingó de pronto. Uno de los conductores era el agente.

Agarrando a su compañero por el brazo, lo metió en el coche. MacLean entró con otro artillero.

Los demás se acomodaron como pudieron en los otros vehículos. A Deacon no le cabía la menor duda de que los conductores eran también agentes de Nárkydis.

Los coches partieron de inmediato. Deacon se dejó llevar. Suponía que el agente sabía lo que tenía que hacer.

No se equivocó. Los automóviles salieron fuera del área urbana, deteniéndose una hora después en un lugar particularmente boscoso.

Los artilleros habían acabado por dormirse después de tan copiosas libaciones. Uno o dos intentaron protestar, pero se les devolvió al sueño mediante sendos golpes bien aplicados.

El agente se acercó a Deacon.

—Los conductores son de confianza. ¿Cuáles son sus planes, capitán?

—Cambiaremos de ropa con los soldados —resolvió el joven— y tomaremos su puesto.

El espía se frotó la mandíbula.

—Un poco arriesgado —comentó.

—¿Y qué acción no es arriesgada en las actuales circunstancias? —respondió el joven—. Escuche, mientras veníamos hacia aquí, le he sonsacado algunas cosas más. Por ejemplo, mañana a las siete de la mañana tienen que reunirse con el teniente Sungalore, a la puerta del Hotel Cornivan. Allí recibirán nuevas órdenes.

—¿Qué pasará cuando el teniente se dé cuenta de que no son los soldados que le esperan?

Los dientes de Ralph brillaron en la obscuridad.

—Yo me encargaré de que no presente ninguna objeción —contestó.

—Muy bien —aceptó el agente—. Hay siete soldados. Yo también me pondré un uniforme, capitán.

—Por cierto —protestó el joven—. Todavía no sé su nombre.

—Llámeme… Sidyrkkab, capitán.

—Bákkrydis al revés.

—Exactamente, capitán. Bueno, ¿cambiamos de indumentaria?

Media hora más tarde, todos se habían vestido ya con las ropas de los soldados, a quienes ataron y amordazaron con las suyas propias, rasgadas en tiras. Llevaron luego a los borrachos a lo más profundo del bosque, hecho lo cual regresaron al camino.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, los siete hombres se presentaron puntualmente en la puerta del Hotel Cornivan.

Junto a la entrada había un aeromóvil aparcado. Deacon supo que aquél era el aparato que les llevaría hasta su objetivo, situado en el Círculo de la Nada.

—Bien —ordenó—, yo voy a ver al teniente Sungalore. Los demás esperadme aquí.

—Cuidado con lo que hace, capitán —le dijo el agente en voz baja.

Deacon asintió. Con rostro inexpresivo, pero con el corazón latiéndole aceleradamente en el interior de su pecho, entró en el hotel.

El éxito de su empresa dependía ahora de la actitud que tomase el oficial al darse cuenta de la suplantación de personalidad.

Estaba decidido a matarlo si era necesario.

Pero no lo haría en tanto pudiera. Aunque no había hablado con el oficial, sabía que su compañía les era necesaria para franquearles el paso hasta el lugar supersecreto donde estaba el cañón.

Mientras el ascensor le conducía al piso donde se alojaba el teniente se preguntó cómo Goran había podido ser tan descuidado, dejando libres a siete soldados en vísperas de un gran acontecimiento. ¿Tan seguro estaba de sí mismo?

Capítulo IX



on los nudillos tocó en la puerta y una voz le ordenó entrar.

Cruzó el umbral, cerrando a sus espaldas, la mano derecha próxima a la culata de su pistola atómica, presto a utilizarla si el oficial no se avenía a razones.

El oficial estaba delante de él, vuelto de espaldas, terminando de ajustarse la casaca frente a un espejo, cuyo ángulo de inclinación no permitía verle el rostro por reflexión.

Tenía en el bolsillo los documentos robados al soldado la noche anterior. Se presentó, citando el nombre del individuo.

—Muy bien, soldado —contestó el oficial con voz engolada. Se ajustó el casquete y luego giró en redondo, enfrentándose con el joven—. ¿Qué tal, capitán Deacon?

Ralph sintió que se quedaba sin habla. Por unos momentos dudó de lo que veían sus ojos.

—¡Dionía! —exclamó al cabo.

La danzarina se tironeó de los faldones de su corta casaca, terminando de ajustársela.

—¡Qué prenda tan incómoda! —se quejó. Luego sonrió—. La misma, capitán.

Deacon se pasó una mano por los ojos.

—Que me ahorquen si lo entiendo. ¿Cómo diablos estás tú en el pellejo del teniente Sungalore? Es una sorpresa que no esperaba.

—¿No crees que yo podría hacerte la misma pregunta? —respondió ella—. Ven, sígueme.

Dionía le acompañó hasta el dormitorio vecino en donde, roncando estrepitosamente sobre el lecho, yacía un individuo.

—Ése es el verdadero teniente Sungalore. —Dionía suspiró—. Me ha costado sacrificar mis cabellos, pero algo hay que hacer por conseguir lo que se desea, ¿no?

—¿De modo que piensas hacerte pasar por el teniente Sungalore para llegar hasta el cañón? Pero ¿puede saberse quién diablos eres tú en realidad?

Ella sonrió enigmáticamente.

—Dejemos eso por ahora, ¿quieres? Lo importante es que tengo el pase del oficial y que ese documento nos permitirá llegar hasta el cañón.

—¿Cómo conseguiste traer a Sungalore hasta aquí?

—Digamos mejor cómo consiguió traerme él —retrucó Dionía.

Deacon frunció el ceño.

—No pienses mal —se apresuró a aclarar la danzarina—. En cuanto estuvimos a solas y tuve ocasión, le propiné un narcótico.

—Nos delatará apenas se despierte.

—Dormirá cuarenta y ocho horas. Es más que suficiente. ¿Vamos?

Ralph levantó la mano.

—Un momento. Antes, ¿quieres explicarme qué te pasó con el general Larbos?

El rostro de la muchacha se ensombreció.

—Logré sacarle algunos detalles muy útiles. Este del teniente Sungalore, por ejemplo. Después, fui un momento al lavabo. Cuando regresé, Larbos estaba muerto. Eso es todo lo que sé.

—Y te largaste por la ventana.

—Exactamente. Si me encontraban allí con el cadáver de Larbos,

iba a verme en un serio compromiso.

—Afortunadamente, llegué yo después y pude llevarme la tira de seda que te regalé en Nárkydis.

Ella sonrió maliciosamente.

—La dejé yo a propósito. Estaba seguro de que acabarías acudiendo al reservado. De este modo quería indicarte que había podido huir.

—¿Te han buscado los esbirros de Goran?

—Supongo —contestó ella indiferentemente.

—¿Qué sabes de Tatmar?

—Nada. Hace bastantes días que no le veo.

—¿Y de Danshon? Era un espía de Goran.

Dionía levantó los hombros.

—Desembarcó aquí y ya no le he vuelto a ver. ¿Vamos?

—Aguarda un poco todavía. ¿Tienes alguna idea de cómo vamos a arreglárnoslas para destruir el cañón?

—Ninguna, pero ya lo veremos sobre el terreno, ¿no te parece? Somos sus artilleros…

Deacon se llevó las manos a la cabeza.

—¡Pobres de nosotros! —se lamentó.

Pero se dirigió hacia la puerta y la abrió, dejando que pasara la muchacha primero.

La aparición de Dionía ante los seis hombres que esperaban en la calle, junto al aeromóvil, fue sensacional. Uno tras otros, todos abrieron las bocas atónitos de verla con semejante uniforme.

—¡Que me echen al horno de un reactor nuclear si lo entiendo! —mascullló Scoff.

—Bueno, muchachos —exclamó la muchacha con voz imperativa—, ¿a qué esperan? Suban; ya llevamos diez minutos de retraso.

Los hombres se dispusieron a subir. En aquel momento, un automóvil se detuvo bruscamente al lado del vehículo, por la parte de afuera.

Dos hombres, vestidos con el uniforme de la guardia de tránsito de Armidon, salieron del mismo.

—¿Quién es el que manda aquí? —preguntó uno de ellos con voz autoritaria.

Hubo Un momento de vacilación. La mano de Deacon se crispó

sobre la tapa de la funda de su pistola.

—Yo —contestó la danzarina, adelantándose resueltamente—. ¿Qué es lo que desea usted, oficial?

El individuo arrojó una mirada suspicaz al aeromóvil.

—Todos los vuelos de aeronaves están severamente prohibidos, a menos que se disponga de una orden especial. ¿Tiene usted esa orden, teniente?

—Por supuesto —contestó la muchacha.

Echó mano al bolsillo de su chaqueta y extrajo un documento que tendió al oficial de control.

Éste examinó el permiso. Frunció las cejas, comparando la fotografía que había adherida al mismo con el rostro de la muchacha.

—¡Hum! —dijo, con acento desconfiado. Se volvió hacia su compañero—. Tráete el comprobador de fórmulas personales.

Deacon se quedó helado. La fotografía de Sungalore podría ser más o menos parecida al rostro de la muchacha, pero una cosa había que no ofrecía duda alguna: las fórmulas personales, como las huellas dactilares, eran diferentes para cada casó humano. La de Sungalore estaba estampada en la tarjeta que le autorizaba a utilizar una aeronave. El oficial de tránsito, un tipo anormalmente celoso de su deber, vería inmediatamente que ambas fórmulas eran distintas y…

El otro guardia trajo una cajita oblonga, de unos cuarenta centímetros de ancho, por treinta de largo y diez de grueso. En el centro de uno de sus costados se veía una ranura de diez por cinco centímetros.

El oficial levantó una tapa superior, poniendo al descubierto una serie de esferillas e indicadores de apariencia muy complicada. Movió una llave y las agujas de los indicadores se agitaron levemente, estabilizándose luego en el punto cero de cada uno de ellos.

—Meta aquí la mano, teniente —ordenó secamente.

Deacon se dio cuenta de la tensión existente. Sus hombres le miraban expectantemente, aguardando un solo gesto suyo para entrar en acción.

Dionía se mordió los labios. Renuente, extendió la mano izquierda, introduciendo tan sólo la punta de los dedos en la ranura.

—Toda la mano —dijo el oficial de control. Y de pronto, oyó una voz a sus espaldas.

—No se moleste, oficial —dijo Deacon en tono bajo y concentrado—. Escuche, le estoy cubriendo con una pistola atómica. ¿Sabe lo que puede ocurrirle si le aprieto el disparador?

El rostro del individuo se cubrió de una capa de ceniza. Fue a decir algo, pero en aquel momento, su compañero se anticipó.

—Traidores —gritó, echando mano a la pistola atómica.

Deacon fue más rápido. Le repugnaba hacerlo, pero comprendía que no podía hacer otra cosa si quería salir de aquel atolladero. Presionó el disparador y el guardia se convirtió instantáneamente en una nube de humo gris verdoso.

Dionía lanzó un gritito, muy poco acorde con su condición de su rango de oficial. Retrocedió un paso.

El policía de control quiso escapar. Deacon movió la mano derecha, abatiendo el caño de su pistola sobre su cráneo.

—¡A correr! —gritó, precipitándose hacia el vehículo.

Empujó a Dionía en medio de un gran alboroto. Los dos se metieron dentro del aparato, el cual se elevó de inmediato dejando tras sí la estela de un poderoso rugido.

Deacon y la bailarina rodaron por el suelo de la aeronave, sintiéndose aplastados contra el mismo a causa de la súbita aceleración que su piloto le había impreso. En pocos segundos alcanzaron una elevadísima cota.

La ciudad se empequeñeció rápidamente bajo ellos.

Hubo de pasar un buen rato antes de que Deacon pudiera rehacerse y sentarse cómodamente. Entonces se dio cuenta de que el piloto de la aeronave era el agente de Bákkrydis.

—¿Qué tal por ahí atrás? —preguntó el hombre, riendo.

Dionía se sentó, ayudada por uno de los tripulantes de Ralph.

—Bien —contestó Deacon—. Pero me preocupa ese incidente.

—¿La muerte del guardia? —preguntó el agente.

—No tanto como el alboroto que hemos provocado —contestó el joven—. ¿Sabrían algo?

—Posiblemente, se trataba de un oficial curioso —contestó el agente.

—Su curiosidad puede perdernos —alegó Deacon.

El agente sacudió la cabeza.

—Estimo que se verá con un aprieto para identificarnos. Que yo sepa, los uniformes que vestimos son completamente nuevos en Armidon.

—Vaya —comentó Ralph—, pues sí que es un modo de hacer que las cosas secretas pasen desapercibidas. ¿No hubiera sido mejor que los artilleros del cañón hubieran vestido corrientemente?

El agente tardó unos momentos en contestar.

—También yo he estado pensando en eso, capitán.

—¿Y… qué conclusiones ha obtenido?

—No sé —contestó el espía. Hablaba sin volver la cabeza, atento a los mandos del aparato—. Pero tengo la sensación de que todo ha sido un cebo y que lo hemos mordido incautamente.

Deacon sintió que se le helaba la sangre en las venas. Las sospechas del agente venían a confirmar, sus pensamientos de la noche anterior.

Resultaba increíble, en efecto, que Goran hubiera cometido una estupidez semejante, dejando sueltos a varios hombres que conocían el más guardado de sus secretos. Y no sólo sueltos, sino provistos de unos uniformes nunca vistos hasta entonces. Ralph se sintió como una trucha viendo el brillo de la mosca artificial en el interior del agua… y abalanzándose a comerse la mosca, para encontrarse luego con el anzuelo dentro de la boca.

Notó que se quedaba de repente sin saliva.

—¡Condenación! —juró Scoff de repente—. Si eso es cierto, nos hemos metido de cabeza en la trampa.

Y durante unos instantes, un tétrico silencio reinó en el interior de la cabina de la aeronave.

Ralph quebró la siniestra calma que se había abatido en el ambiente.

—De todas formas, todavía tenemos una esperanza. Aún estamos vivos, muchachos.

Pero sus palabras no consiguieron levantar la moral de ninguno de cuantos viajaban en el aparato.

* * *

Visto desde unos diez mil metros de altura, el Círculo de la Nada tenía bien merecido el nombre.

En los mapas, aquel desierto aparecía como una mancha circular, cuyas dimensiones reales eran gigantescas. Tenía un diámetro de unos siete mil kilómetros absolutamente desprovistos de toda vida, lo cual significaba muy cerca de los veintiocho millones de kilómetros cuadrados de desierto puro.

La tierra se deslizaba con rapidez bajo ellos. Era una mancha gris, de color uniformemente monótono, que contrastaba violentamente con el rutilante azul del cielo. Deacon se preguntó por qué habrían instalado el cañón en un desierto semejante, pero no tardó en hallar una explicación: el color gris del suelo, servía de mucho para disimular posibles accidentes no solamente geográficos, sino también los debidos a la mano del hombre.

De pronto, una lámpara titiló en el cuadro de mandos, a la vez que se oía un penetrante zumbido.

El agente exclamó:

—¡Dos naves de vigilancia!

Deacon tocó con la mano el brazo de la muchacha.

—Responde cuando nos interroguen, Dionía.

Ella asintió. Estaba muy pálida.

Pronto pudieron divisar dos naves similares a la que ocupaban, las cuales evolucionaron raudamente en torno a ellos, hasta situarse a los flancos.

—Identifíquese —pidió una voz autoritaria.

El agente pasó el micrófono a la bailarina.

—Teniente Sungalore, al mando de siete artilleros que regresan de licencia.

—Está bien —contestó la voz—. Síganos y no intenten desviarse de la ruta que le vamos a marcar. De lo contrario, haremos fuego sin vacilar.

—Enterado —contestó la muchacha, y devolvió el micrófono al agente.

Las dos aeronaves de patrulla les indicaron la dirección. Pronto empezaron a reducir la velocidad.

Deacon sintió que el corazón le latía violentamente.

Estaba a punto de alcanzar el objetivo tan largamente deseado. ¿Conseguiría destruir el cañón?

Tenía sus dudas.

Claro que había guardado un as en la manga, como reserva por

si las cosas marchaban mal, pero ni siquiera había querido decírselo a sus hombres. Era preferible que actuaran con una completa ignorancia de las cosas, de este modo, sus hechos tendrían un valor mucho más positivo y, esperaba, contundente.

Súbitamente, el cañón se hizo visible.

Deacon estaba preparado para ello, pero la vista de aquel colosal artefacto le dejó sin aliento.

CAPÍTULO X

as fotografías, pese a todo, engañaban.

El cañón era mayor de lo que Deacon había calculado. Su longitud total venía a ser de unos cuatrocientos cincuenta metros y su altura de setenta y cinco. El grueso de las paredes del tubo era de veinte y el ánima tenía otro tanto de diámetro, de modo que la distancia que separaba la parte inferior del suelo era tan sólo de quince.

Ralph se estremeció pensando en la obra tan colosal de ingeniería que suponía, no ya la construcción de la pieza artillera en sí, sino la instalación de la base para el montaje de la cureña. Cualquier cifra que pudiera darse escapaba al simple cálculo.

Detrás de la culata, cuyo tamaño era anormalmente grande en comparación con el cañón propiamente dicho, se veía una colosal grúa puente, establecida sobre cuatro parejas de raíles, por grupos de a dos, los cuales estaban separados entre sí por una distancia de

treinta metros, que era la que había entre los dos estribos del puente que componía la gigantesca grúa, cuya altura superaba en veinticinco o treinta metros la del cañón.

Más allá de la grúa, se veían los proyectiles de aquella colosal pieza artillera, enormes, amenazadores con su sola presencia y su fantástico volumen, de unos cincuenta metros de longitud por veinte de diámetro.

¿Qué clase de explosivo emplearía aquel cañón?, se preguntó Deacon.

Todavía más lejos, divisó varias entradas a unos subterráneos. En dos de ellas había sendas grúas puente, pero mucho más pequeñas que la que servía para cargar la pieza; apenas si medirían quince metros de altura por diez o doce de anchura. En cada entrada se veía una doble hilera de rieles y un pequeño tren de vagonetas, destinado indudablemente al transporte del explosivo subespacial hasta la culata de la pieza.

Al final de todo, y a buena distancia de la misma, estaba el edificio de control, sobresaliendo apenas de la superficie del suelo, pero con los tubos de varios periscopios asomando al exterior, a fin de observar desde adentro los efectos del disparo.

El suelo estaba cubierto de figurillas que iban y venían atareadamente, sin duda preparando lo necesario para efectuar un disparo. Eran ya las doce del mediodía; dentro de doce horas y un cuarto, saldría un proyectil por la boca de aquel cañón.

El agente hizo descender el aeroplano, buscando un sitio para aterrizar. En el suelo titiló un reflector rojo varias veces, indicándole el punto donde debía posarse, junto a otros varios.

—Bueno, muchachos —exclamó Deacon—; el momento ha llegado. Ya estáis viendo el cañón; ése es nuestro objetivo. Por ahora, hemos de procurar fingir disciplina y obediencia en todo a las órdenes que nos dé la chica. Ella es nuestro jefe, de modo que procurad no meter la pata. ¿Está claro?

Sonaron varios gruñidos de asentimiento. Mientras se acercaban al suelo, Deacon sacó la pistola atómica de la funda y examinó el indicador de carga.

Se quedó helado: el depósito estaba vacío.

Sintió que la frente se le cubría de un sudor frío. Por un momento cerró los ojos, notándose mareado.

Empezaba a ver claro las cosas. Les habían tendido una trampa y se habían metido en ella incautamente.

Vaciló unos momentos. Finalmente, guardó la pistola en la funda. Por el momento, prefería guardar silencio; no quería sembrar el pánico entre sus compañeros, también armados con las pistolas tomadas a los artilleros cuyos uniformes llevaban. Pero ¿eran realmente tales artilleros? ¿No se trataba de agentes de Goran?

Uniformes nuevos, desconocidos, en vísperas de un gran acontecimiento… Debía haberlo sospechado antes, se dijo, rechinando los dientes.

«De todas formas, guardo un as en la manga».

La aeronave tocó tierra. Su piloto abrió la escotilla y Dionía saltó a tierra, seguida por los restantes. Deacon y sus compañeros formaron en una fila frente a ella, permaneciendo en actitud rígida y disciplinada.

Un automóvil acudió hacia ellos.

Cuatro hombres viajaban en el vehículo. Cuando éste se halló lo suficiente cerca, Deacon reconoció con gran sorpresa a sus ocupantes.

A su derecha, Scoff lanzó una maldición.

—Quieto —recomendó el joven—. Cuidado con lo que haces.

—Ese bastardo —renegó el tuerto.

Deacon miró a la muchacha con el rabillo del ojo. Dionía estaba muy pálida y el labio inferior le temblaba perceptiblemente.

La muchacha volvió la vista hacia Ralph, como consultándole en silencio lo que debía hacer. Ralph pestañeó rápidamente, indicándole calma con el gesto.

El automóvil frenó a pocos pasos de ellos. Sus ocupantes, encabezados por el coronel Tatmar, saltaron al suelo. Vestían enteramente de negro, con sendas pistolas desintegrantes al cinto. Y éstas sí estaban cargadas, murmuró Ralph para sus adentros pensando en lo inútiles que resultaban las suyas.

Tatmar se detuvo frente a la fila. Sus ojos recorrieron los rostros de todos los componentes del pelotón, en tanto que una sonrisa sardónica aparecía en sus labios.

—Bien —dijo al cabo, después de un deliberadamente prolongado silencio—, parece que al fin ha conseguido usted lo que tanto deseaba, capitán Deacon.

—Así lo creo yo —contestó el joven con calma glacial.

—Bueno, al menos no podrán decir que han muerto sin ver el cañón. —Tatmar tendió la mano hacia el colosal artefacto—. En estos momentos se está preparando el disparo que se va a efectuar a las doce y cuarto de la noche.

—Me parece —comentó Deacon con acento intrascendente—, que Goran no sabe lo que se quiere. Si destruye a Nárkydis, perderá todos los beneficios que podría reportarle el narkonio.

Tatmar se echó a reír.

—Oh, no, no es tan tonto como pueda parecer. Vamos a hacerles, simplemente, un disparo de advertencia. Nárkydis recibirá un impacto en un punto de su superficie, distante unos cuatrocientos kilómetros de la capital. Se abrirá un cráter de setenta u ochenta kilómetros y se producirá un gran terremoto. Habrá muchos muertos, aunque no tantos que nos dejen sin esclavos para recoger el narkonio. Y si ese disparo no fuera suficiente, lanzaríamos otro. U otros —concluyó significativamente.

Deacon se quedó petrificado de horror. Por unos instantes, contempló aquellos proyectiles, dotados de un poder tan terrorífico.

La grúa empezaba a cargar uno de ellos, con el fin de introducirlo en la culata del cañón. A lo lejos, un tren, cargado con un explosivo, se acercaba lentamente al lugar.

—Lo que no comprendo —dijo el joven— es por qué Goran no emplea naves para atacar a Nárkydis. Ese cañón le ha tenido que costar una fortuna… además, que estimo es muy anticuado atacar a un planeta de esa forma.

—Goran es muy humanitario… con su gente. No quiere exponerla a riesgos innecesarios. Ha de hacerse amar por su pueblo y esto no lo conseguiría intentando un desembarco en Nárkydis. ¿Quién duda de que, a la larga, acabaríamos triunfando? Pero morirían cientos de miles de los suyos y esto no le traería buena fama, ciertamente. Para él es mucho más cómodo conseguir sus objetivos con un disparo. O tres o cuatro como máximo. Si han de perderse vidas, que no sean de armidonianos.

—El servicio secreto de Goran es perfecto. Usted supo convertirse en el hombre de confianza de Bákkrydis.

Tatmar se echó a reír.

—Ése es mi mérito, capitán.

—¡Yo le llamaría mejor su traición! —explotó Dionía al cabo, cansada de guardar silencio durante aquel diálogo.

El coronel la miró severamente.

—¿Y qué es lo que están haciendo ustedes? Las cosas se califican según quien las hace o según quien mira al que las hace. Para mí, los traidores son ustedes, ya ven la diferencia.

Deacon asintió.

—Es posible que tenga razón, coronel —dijo el joven—. Y supongo que después de esto, usted nos mandará detener y no digo ya ejecutar, porque eso se supone, claro.

—Me asombra su don de profecía, capitán —Tatmar rió burlonamente.

—Gracias. ¿Puedo hacerle un par de preguntas?

—Por supuesto.

—¿Fue usted el que mató a Larbos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Se convirtió de repente —Tatmar miró de reojo a Dionía, la cual estaba más bella que nunca, con el rostro arrebolado por la indignación—. En el eslabón débil de una cadena. Incluso, ¡el muy estúpido!, se había permitido el lujo de anotar en su agenda la fecha y la hora de la prueba.

—Y entonces usted, claro, dispuso la trampa para que nosotros cayéramos en ella. Incluso dejó la agenda sobre el cuerpo de Larbos.

—Cierto —concordó Tatmar—. O bien le atrapaban a usted junto al cadáver de Larbos, en cuyo caso sería acusado de asesinato y ejecutado o bien… bueno, como no ocurrió lo primero, están aquí… y ya no saldrán vivos —concluyó Tatmar con acento significativo.

La grúa estaba acercando ya el proyectil a la culata. Tatmar vio que Deacon miraba hacia aquel punto y se echó a reír.

—Bákkrydis se rendirá al primer disparo —dijo—. Luego, Goran impondrá sus condiciones. Hasta es probable que le ofrezca su mano.

—¡Qué! ¿Goran quiere casarse con ese saco de grasa?

—Así se convertirá también en el rey de Nárkydis y podrá mandar más a gusto y sin obstáculos, por supuesto.

—Claro, al cabo de un tiempo prudencial, Bákkrydis fallecerá de

una… indigestión, aunque no de dulces, y Goran tendrá las manos libres.

—Exactamente, capitán.

—Bueno —dijo Ralph—, de modo que se cree usted triunfador, ¿no es así?

—¿Lo duda usted siquiera? —Tatmar señaló hacia sus espaldas.

Scoff lanzó una explosiva interjección. Una docena de automóviles llenos de soldados, corrían hacia ellos.

Súbitamente, antes de qué nadie pudiera evitarlo, Dionía dio media vuelta y echó a correr hacia la aeronave.

Tatmar lanzó un grito.

—¡Quieta! —aulló. Empezó a forcejear con la funda de su pistola —. ¡Quieta o dispararé!

El belicoso Scoff fue el que dio la orden de indicar el ataque.

—¡A ellos, muchachos!

Los seis hombres se arrojaron en tropel sobre Tatmar y sus ayudantes, moliéndolos a puñetazos antes de que pudieran reaccionar siquiera.

Deacon lanzó un fuerte grito.

—¡Nuestras pistolas están descargadas! ¡Apoderaos de las de ellos!

Y trató de correr hacia Dionía, pero la muchacha había cerrado ya la escotilla de acceso a la aeronave y remontaba el vuelo.

Se oyeron los primeros chasquidos de las pistolas desintegrantes.

Salas desapareció en medio de una nube de humo gris verdoso. Bazcoatl consiguió un impacto directo en uno de los automóviles, haciéndolo volar en mil pedazos, junto con sus ocupantes.

El agente tiró de Deacon.

—Venga; ahí veo una aeronave. Hemos de largarnos de aquí.

—Conforme.

El tiroteo se había generalizado. MacLean se esfumó sin un grito.

Los restantes se defendían encarnizadamente. Continuamente se levantaban nubecillas de humo entre las filas atacantes.

Deacon y él agente llegaron a la nave. Scoff corrió hacia atrás, gatillando sin cesar su pistola. De pronto le alcanzó un proyectil y desapareció.

Nysmith disparaba su pistola con toda tranquilidad, como si se hallase en un concurso de tiro. Ni uno solo de sus disparos erraba el

blanco. Caminaba hacia atrás lentamente, eliminando un soldado con cada uno de sus proyectiles.

Bazcoatl desapareció también. Deacon y el agente ganaron la escotilla de la aeronave.

El único que resistía por el momento era Nysmith. Sus disparos sembraban el pánico entre las filas atacantes.

Y de pronto, el agente lanzó un grito.

—¡Capitán, mire!

Todos los presentes suspendieron el fuego de modo simultáneo. Decenas de miradas se dirigieron unánimemente al cielo.

—¡Dionía! —gritó Ralph.

La muchacha se había remontado a gran altura con la aeronave. Parecía que, enloquecida por el pánico, quería huir, cuando, de pronto, viró en redondo.

—¡Se va a matar! —chilló Deacon.

El aparato se lanzaba a toda velocidad contra la grúa puente. Deacon comprendió las intenciones de la muchacha.

La nave era demasiado pequeña para inutilizar siquiera el cañón. Pero si destruía o averiaba la grúa, el disparo se retrasaría y en Nárkydis conseguirían así un respiro.

El agente tiró del brazo de Deacon. Éste se detuvo en el umbral de la escotilla.

Dionía dirigió la aeronave contra el punto más vital de la grúa: la cabina de control, situada en la parte superior, en el centro del puente. Hubo una feroz llamarada, un estruendo espantoso y el andamiaje osciló a un lado y a otro como si fuera a caerse.

Pero resistió. Sin embargo, destruida la cabina de control y aunque el choque no había sido lo suficientemente fuerte para romper los cables de los cuales pendía la granada, por el momento, el disparo quedaba aplazado «*sine die*».

—¡Adentro, capitán! —gritó el agente.

Nysmith corrió hacia el aparato, sin dejar de disparar. Estaba ya a punto de alcanzar la escotilla cuando recibió un impacto que lo convirtió en humo.

El agente cerró la escotilla.

—¡Agárrese, capitán!

La aeronave dio un salto hacia arriba. Deacon percibió los chasquidos de los disparos contra el casco del aparato, pero el

blindaje antiatómico absorbió fácilmente la potencia de los impactos.

En pocos segundos se elevaron a una altura inconcebible. Entonces, Deacon, una vez acomodado en su asiento, exclamó:

—Y ahora, ¡vamos a destruir el cañón!

—¡Qué!

El agente le miró como si estuviera loco. Deacon se desciñó el cinturón, sacando de su interior una cajita de unos diez centímetros de longitud, por la mitad de anchura y uno de grueso.

—Éste es un radiofaro de ondas micromilimétricas —dijo—. De este modo, los tripulantes que quedaron en mi nave han podido seguirme en todo momento.

Manejó un par de diminutas llaves en la cajita.

—Abra usted las pantallas de visión telescópica —ordenó— y elévese todo lo que pueda.

El agente obedeció. En pocos momentos, la aeronave subió a gran altura, tanta, que a no ser por las pantallas, que aproximaban prodigiosamente las imágenes, no hubiera podido ver siquiera el cañón.

De pronto, el agente lanzó una exclamación.

—¡Su nave, capitán!

—Lo sé —contestó el joven con los labios prietos.

Sin quitar la vista de la pantalla, manejó los controles de la cajita a tientas.

La astronave era también de un tamaño colosal, casi tanto como el cañón. Aulló mientras descendía del cielo a una velocidad aterradora, con la proa de un color rojo cereza a causa del calor producido por el frotamiento con las capas atmosféricas.

La nave descendió raudamente hasta situarse a unos veinte metros del suelo. En la pantalla, se veían las imágenes de los servidores del cañón que corrían desesperadamente, huyendo del choque que adivinaban inminente.

Sus carreras no les sirvieron de nada. Con ímpetu terrorífico, la astronave acometió de flanco al cañón.

—Esto era lo único que podía destruirlo —comentó el joven apagadamente, observando por las lucernas el enorme fogonazo producido en el momento del choque.

El resplandor fue ocultado al instante por una colosal humareda.

Un gigantesco cono invertido de tierra gris subió a lo alto, en medio de posteriores chispazos producidos por los estallidos de los propulsores de la nave. El espectáculo era dantesco.

—Alejémonos de aquí —dijo Deacon.

El agente elevó aún más la nave. Estuvieron esperando pacientemente a que se disipara el humo producido por la explosión, lo que supuso dos horas largas.

Cuando al fin quedó la atmósfera suficientemente clara, vieron un cráter de más de cincuenta kilómetros de diámetro y cinco o seis de profundidad, de cuyo interior se escapaban leves humaredas que lentamente se desvanecían en el aire.

—Me pregunto —dijo el joven—, qué hubiera pasado si en lugar de tener dispuestas solamente las granadas de carga reducida, hubiera habido una sola de carga ilimitada.

—Armidon, sencillamente, habría desaparecido —contestó el agente—. ¿Y sus hombres, capitán?

—Necesitaba localizar el cañón para que ellos, a su vez, me localizaran a mí. Después abandonaron la astronave en un bote salvavidas, pasándome los controles. Eso es todo… salvo que debemos largarnos de aquí cuanto antes. Si Bákkrydis hizo lo que le dije, deberá haber enviado una nave en busca nuestra, que debe andar esperándonos por ahí.

El agente contempló pensativamente el colosal cráter. Goran no se repondría de aquel golpe. Sus esperanzas habían sido destruidas con el cañón y no se atrevería a emprender una guerra que le haría muy impopular y cuyo resultado podía resultarle adverso, a la larga.

De repente, empezó a forcejear con su cabellera, ante el asombro de Ralph. El agente se arrancó el pelo y la cara.

Deacon lanzó un grito de asombro.

—¡Danshon!

—El mismo, capitán —contestó el agente, sonriendo—. Un hábil disfraz, ¿no?

Ralph apretó los labios.

—Podía habérmelo dicho —gruñó.

—¿Para qué? —contestó Danshon—. Ha sido mejor así, ¿no?

Ralph meneó la cabeza.

—Supongo que no me guardará rencor por el golpe que le

propiné en Nárkydis.

—Oh, no —rió Danshon—. Fue solo una prueba. Hay que reconocer que resistió usted bien la tentación del millón de talentos.

—Pues no se crea usted que no me faltaron ganas de quedarme con el cheque y largarme a la Tierra. Pero sospeché algo raro y… bueno, le pegué. Oiga, ¿era Dionía también un agente de Nárkydis?

El rostro de Danshon se ensombreció bruscamente.

—La reina se lo explicará a la vuelta, capitán.

* * *

Ralph se paseó nerviosamente por la estancia. Bákkrydis no hubiera sido mujer si no se hubiera hecho esperar.

La puerta de la habitación se abrió al cabo de un buen rato. Una mujer todavía joven y de formas voluptuosas apareció ante los ojos de Ralph.

—Capitán.

El rostro de la mujer le pareció conocido.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Ella distendió sus pulposos labios en una amplia sonrisa.

—¿Ya has olvidado al doctor Sperrle, capitán?

Deacon lanzó un gran grito.

—¡Tú… usted…! ¡Bákkrydis! Pero… ¡si parece imposible!

Bákkrydis avanzó hacia él.

—Pues soy la misma, capitán. Tu amigo, el doctor Sperrle, hacía maravillas. En eso no me mentiste.

Ralph la miró de arriba abajo. De aquella masa informe de grasa, bajo cuya forma la había conocido meses antes, Bákkrydis se había convertido en una espléndida mujer, capaz de volver loco al hombre de nervios más templados.

—He padecido mucho —dijo ella—, pero creo que el resultado final merecía la pena. ¿No te parece a ti también, capitán?

—Por supuesto —asintió el joven que no apartaba sus ojos de la escultural figura.

Hubo una pausa de silencio. Después, ella dijo:

—Debo darte las gracias por lo que has hecho por mí y por mi pueblo, capitán. Conseguiste el triunfo allí donde otros habían fracasado.

—Sí —murmuró Deacon sombríamente—. Pero fue gracias a una valerosa mujer que sacrificó su vida deliberadamente. ¿Quién era?

—Mi hermana —respondió Bákkrydis.

Ralph la miró con ojos atónitos.

—¡Su… hermana…! ¿Y fue capaz de enviarla a la muerte…?

—Lo hizo voluntariamente, sin que nadie la forzara a ello, pero, al mismo tiempo, sabiendo que era su obligación sacrificarse por Nárkydis. Apenas si podía confiar en nadie más que en ella, compréndelo.

—Sí —murmuró él. Y de repente, volvió la espalda, mirando a través del ventanal, en tanto entrelazaba sus dedos nerviosamente —. Pero está muerta por mi culpa. Quizá si la hubiera advertido a tiempo de mis planes no se hubiera lanzado con la aeronave contra la grúa.

Bákkrydis se le acercó, poniéndole una mano en el hombro.

—No te hagas más reproches, Ralph —dijo, llamándole por su nombre por vez primera—. Sucedió lo que tenía que suceder y tú hiciste lo que creías era tu obligación.

Deacon guardó silencio. Ella esperó unos momentos.

—¿Qué harás ahora? —preguntó más tarde cuando el silencio se hizo intolerable.

—Compraré otra nave… y volveré al espacio. Soy un mercader.

—Mírame —ordenó la mujer. Y repitió—: Mírame.

Ralph giró sobre sus talones, enfrentándose con ella.

—¿Sí? —dijo, mirándola al fondo de los ojos.

—Necesito a mi lado un hombre como tú, Ralph. No te vayas. Ya he dejado atrás los tiempos en que sólo pensaba en pasarme el día tendida en un diván con una bandeja de dulces al alcance de mi mano. Hay mucho que hacer en Nárkydis… y quiero que tú me ayudes. Es preciso contratar especialistas de todo género, desde ingenieros a médicos y desde arquitectos a fundidores. Tú eres un hombre de experiencia… y podrías prestarme valiosos servicios. Nunca te faltará nada y…

El pecho de Bákkrydis palpitó suavemente. Apoyó sus manos sobre los hombros de Ralph.

—¿Te quedarás? —preguntó insinuantemente, con los ojos húmedos.

El joven sonrió.

—Claro —dijo. Y añadió—: Pero con una condición.

—Aceptada —contestó ella sin vacilar—. ¿Cuál es?

—¡Que me dejes controlar tu dieta alimenticia!

Ella le miró unos instantes en silencio. Luego rompió a reír alegremente.

—Por supuesto —accedió.

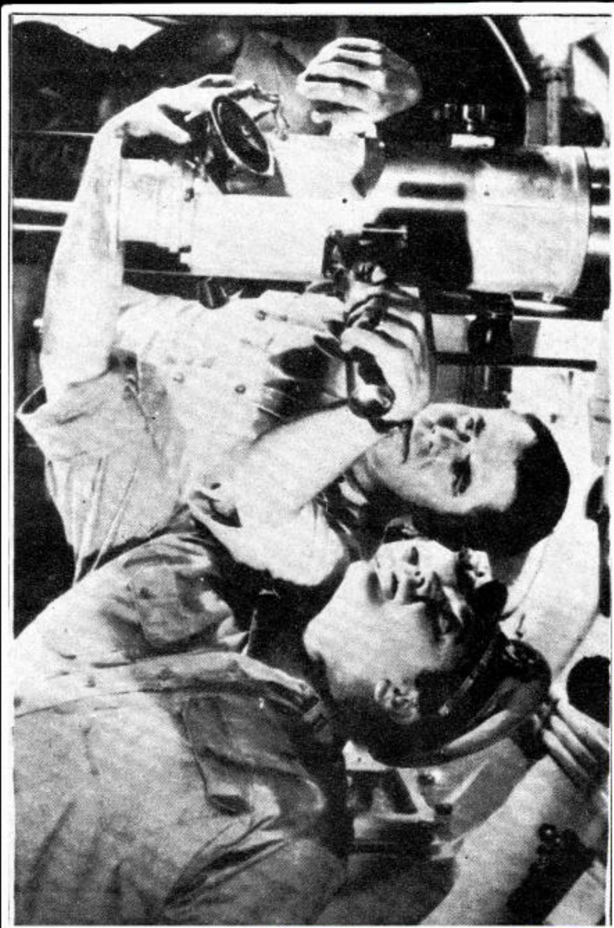




LUIS GARCÍA LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.



Escena de la película EL ÚLTIMO TORPEDO
(Filmayer, S. A.)

Precio en España: 7.- ptas.